AMERICA INDIGENA

ORGANO TRIMESTRAL DEL INSTITUTO INDIGENISTA INTERAMERICANO





Vol. XVI

Núm. 1

ENERO, 1956

MEXICO, D. F.

INSTITUTO INDIGENISTA INTERAMERICANO

Teléfono 10-15-68 Niños Héroes, 139 México 7, D. F.

CONSEJO DIRECTIVO:

Gustavo Pérez Chiriboga, **Presidente, Ecuador.**
Luis A. Flórez, **Vice-Presidente, Colombia.**
Julio Negre, **Argentina.**
Gabriel Arze Quiroga, **Bolivia.**
(Delegado alterno: Carlos Ponce Sanginés).
Carlos Martins Thompson-Flores, **Brasil.**
Gonzalo Solórzano González, **Costa Rica.**
Carlos Adalberto Alfaro, **El Salvador.**
Alex G. Jacome, **Estados Unidos.**
(Delegado alterno: Isabel Kelly).
José Gregorio Díaz Loarca, **Guatemala.**
Porfirio Hernández Irías, **Honduras.**
José Ángel Ceniceros, **México.**
(Delegado alterno: José L. Melgarejo Vivanco).
Alberto Sevilla Sacasa, **Nicaragua.**
Eusebio Morales, **Panamá.**
Mario L. Mallorquín, **Paraguay.**
Emilio Romero, **Perú.**
Rafael Angarita Arvelo, **Venezuela.**

COMITÉ EJECUTIVO:

Rafael Angarita Arvelo, **Presidente, Venezuela.**
Gonzalo Solórzano González, **Costa Rica.**
Alex G. Jacome, **Estados Unidos.**
José Ángel Ceniceros, **México.**
Alberto Sevilla Sacasa, **Nicaragua.**

Director: MANUEL GAMIO

Secretario: MIGUEL LEÓN PORTILLA

EL INSTITUTO INDIGENISTA INTERAMERICANO, establecido por el Primer Congreso Indigenista Interamericano (1940), tiene su base legal en una Convención y está financiado mediante cuotas de los Gobiernos ratificantes. El **Instituto** intercambia informes sobre la vida indígena y métodos para mejorar sus condiciones sociales y económicas; inicia, dirige y coordina estudios relacionados con la solución de problemas indígenas y que contribuyan a un mejor conocimiento de la vida de éstos.

THE INTER-AMERICAN INDIAN INSTITUTE, established by the First Inter-American Indian Congress (1940), has its legal basis in a Convention and is supported by quotas from ratifying governments. It serves as a clearing house for information on Indians and on methods of improving their social and economic conditions, and initiates, directs and coordinates studies applicable to the solution of Indian problems or contributing to better knowledge of Indian life.

AMERICA INDIGENA

Colaborador Técnico:
HERNÁN F. PORRAS

Publicación trimestral para fomentar el intercambio de informaciones acerca de la vida indígena actual y de la política y programas que se están desarrollando en su favor. El BOLETÍN INDIGENISTA es suplemento también trimestral de la Revista, en el cual se publican noticias sobre asuntos indígenas de América. La suscripción anual de ambas revistas es de:

	México
Regular	$ 32.00
Patrocinador	$ 80.00

Is a quarterly publication designed to foster the interchange of information on the life of Indians today and the policies and programs being developed on their behalf. Its supplement is the BOLETIN INDIGENISTA, which reports trimestrally on current events in Indian affairs throughout the Americas. The subscription costs for both publications are as follows:

	Otros países
Regular	4.00 Dols.
Sponsoring	10.00 Dols.

AMERICA INDIGENA

ORGANO TRIMESTRAL DEL

INSTITUTO INDIGENISTA INTERAMERICANO

Director: MANUEL GAMIO

Secretario: MIGUEL LEÓN PORTILLA

Vol. XVI | MEXICO, D. F., ENERO, 1956 | NUM. 1

SUMARIO

EDITORIAL:

ARTÍCULOS:

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS:

Colaborador Técnico: HERNÁN F. PORRAS

COLABORADORES

ROBERT A. MANNERS, norteamericano. B. S., M. A., Ph. D. (Antropología), Columbia University. Ha sido profesor auxiliar de Antropología en Columbia University. Ha enseñado también su especialidad en la Universidad de Rochester. Actualmente es Profesor en Brandeis University. Hizo varios trabajos de campo en Arizona, Puerto Rico e Islas Vírgenes. Es editor asociado de la Revista *Social Problems.* Ha publicado "*An Ethnological Report on the Walapai Indians of Arizona*", "*Culture and Agriculture in an Eastern Highland Community of Puerto Rico*", etc.

ACHILLE ARISTIDE, haitiano. Graduado del Instituto de Etnología de Haití, Licenciado en Derecho, Miembro de la Sociedad Haitiana de Historia, de Geografía, de Geología y de Ciencias Conexas, Miembro de la Sociedad Haitiana de Sociología. Entre sus últimos trabajos cabe mencionar "*Le Racisme et le Métissage devant la Science*" y "*Quelques Aspects du Probleme de la Population en Haiti*".

ANSELMO MARINO FLORES, mexicano. Director del Instituto de Alfabetización para Indígenas Monolingües de la Dirección General de Alfabetización y Educación Extra-Escolar de México; Profesor de Problemas Rurales e Indígenas en la Escuela Superior de Medicina del Instituto Politécnico Nacional; Consejero del Instituto Nacional Indigenista. Autor de "*Bibliografía Antropológica del Estado de Guerrero*", "*La Población Rural de México*", "*Bibliografía antropológica de los Tarascos*", etc.

VÍCTOR M. PINEDO DEL ÁGUILA, peruano. Doctor en Medicina, graduado en la Universidad Mayor de San Marcos, de Lima y en la Universidad de Nueva York. Ha sido médico Director de la campaña anti-leprosa en el Oriente Peruano; Capitán de Sanidad en el Servicio de Sanidad Militar del Perú en la División de la Selva. Actualmente es Presidente del Instituto Histórico Geo-antropológico de la Selva Peruana. Ha presentado varios trabajos lingüísticos en relación con el Oriente Peruano. Entre sus últimos trabajos puede mencionarse "*La Hylea Amazónica Peruana*".

ROSA SCOLNIK, argentina. Médico cirujano y Doctor en Botánica. Trabajando en la Universidad de Córdoba. Ha hecho observaciones sobre el estado sanitario, régimen alimenticio y costumbres de muchas tribus selvícolas de América del Sur. Autora de diversos trabajos de divulgación médica y etnográfica, entre los que puede mencionarse: *Observaciones sobre el estado sanitario de algunas tribus indígenas del Brasil Central.*

EDITORIAL

LOS INDÍGENAS Y SUS ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Tendencia esencial del *Instituto Indigenista Interamericano* y en general de gobiernos, dependencias oficiales e individuos que se preocupan por la población aborigen de América, es la de satisfacer sus necesidades y aspiraciones legítimas.

Muchas son las definiciones respecto a quiénes debe aplicarse la calificación de indígenas, siendo una de ellas la que propone que sean considerados como tales, desde un punto de vista cuantitativo, aquellos grupos e individuos que conservan en considerable proporción supervivencias económico-culturales, psicológicas y lingüísticas de origen prehispánico, no teniéndose en cuenta las raciales porque poco, o nada, afectan el desarrollo de los que integran dicha población. Lo difícil es determinar cuál debe ser la magnitud de aquella proporción pues si bien puede alcanzar a un 90 % o más en tribus de regiones aisladas y lejanas como sucede con las de las cuencas del Amazonas, del Orinoco y los Lacandones de Chiapas, México, que pueden ser indiscutiblemente conceptuados como legítimos indios, en otras comunidades ese porcentaje de supervivencias precolombinas desciende hasta el 50 %, el 20 %, o menos, siendo difícil decir quiénes son indios y quiénes no. Sin embargo, se conviene en que corresponde el calificativo de indios a los arriba aludidos que tienen altos porcentajes de tales supervivencias en tanto que a los restantes se les denomina mestizos. Es notable que las supervivencias precolombinas lingüísticas son las que han ido desapareciendo más rápidamente como lo demuestra el hecho de que sólo unos dos millones y medio de habitantes hablan en México idiomas y dialectos indígenas, en tanto que son muchos más, quienes los han sustituído por el español, persistiendo en ellos varias de las demás supervivencias.

Cualquiera que sea el porcentaje de supervivencias de origen precolombino que se observen en indios y mestizos hay que conservar y estimular aquellas que sean útiles y valiosas como son, por ejemplo, las de carácter artístico y corregir o extirpar las peligrosas o nocivas, entre las que se puede mencionar ciertas prácticas de magia y hechicería, el exagerado consumo de marihuana, coca, peyote y otros estupefacientes, etc.

Hay grupos indígenas a quienes ignorantes en la materia consideran, tontamente, como inadaptados al progreso, primitivos y hasta racialmente inferiores, por el atraso de las etapas evolutivas en que viven, según es el caso de los indios otomíes y tarahumaras de México. En cambio, consideran como aptos para progresar a mayas, tarascos y

aztecas, porque ocupan etapas evolutivas más elevadas que las de los anteriores.

Tales conceptos discriminatorios e injustificados se emiten por falta de información histórica y arqueológica. En efecto, la inferior situación actual de otomíes, tarahumaras y otros grupos se debe a la continuación y supervivencia de la primitiva cultura en que se desarrollaban antes de la Conquista, en tanto que en esos mismos tiempos mayas y aztecas ostentaban valioso desarrollo cultural que se caracterizaba por avanzada arquitectura, bella escultura, sabia cronología, elaborada mitología, etc. Esos antecedentes contribuyen a explicar por qué hoy en día estos últimos ocupan etapas superiores a las de aquéllos, ya que sus supervivencias corresponden a su superior nivel.

La labor indigenista debe tener en cuenta lo arriba expuesto, pues no se pueden aplicar los mismos tratamientos a indígenas histórica y actualmente retrasados y a los que en el pasado y en el presente fueron y son más adelantados. Parece extraño pero es un hecho, que en ocasiones sea más fácil introducir características culturales modernas entre los primeros que entre los segundos, pues éstos defienden las tradicionales que heredaron de sus antecesores, en tanto que aquéllos no las poseían, así que no ponen resistencia a la introducción de nuevas características.

A este respecto hicimos interesantes observaciones al investigar hace algunos años la inmigración mexicana en los Estados Unidos: observamos entonces que en igualdad de inferior situación económica, los negros se han adaptado en general a los patrones de cultura occidental, lo cual es debido a que al inmigrar a los Estados Unidos, no tenían otras manifestaciones culturales de importancia sino la danza, la música y el canto, lo que por cierto ha influído mucho en el medio americano, en tanto que los indomestizos mexicanos conservan tradiciones y supervivencias culturales, algunas de ellas de origen prehispánico, las que oponen cierta resistencia a extrañas intromisiones.

El *Instituto Indigenista Interamericano* no es responsable por el contenido de los artículos firmados.

EDITORIAL

INDIANS AND THEIR HISTORICAL BACKGROUND

An essencial task of the *Inter-American Indian Institute* and in general of governments, official departments and individuals concerned for the native population of America, is to satisfy their needs and legitimate aspirations.

There are many definitions of what an Indian is. One of them proposes that from a quantitative point of view, they may be considered to be those groups and individuals who still have a considerable proportion of economic, cultural, psychological and linguistic traits surviving from pre-Hispanic times.

This definition does not take into account surviving racial traits, since they affect the development of those making up this population little, if at all. The hard thing is to determine what the size of that proportion of pre-Hispanic surviving traits should be. Although it can reach 90 % or more in tribes in isolated and distant regions like the valleys of the Amazon and the Orinoco and in the case of the Lacandones in Chiapas, Mexico, who can be considered real Indians, in other communities this percentage of pre-Colombian surviving traits goes down to 50 %, 20 % or less and then it is difficult to say who are Indians and who are not. However, it can be agreed that we call Indians those referred to above who have high percentages of these surviving traits, whereas the rest are called mestizos. It is interesting to note that the linguistic pre-Colombian characteristics are the ones that have disappeared most rapidly, as can be seen by the fact that in Mexico only some two and a half million inhabitants speak Indian lenguages and dialects whereas many more have substituted them for Spanish, keeping alive some of their Indian traits.

Whatever the percentage of pre-Hispanic surviving traits in Indians and mestizos is, we should keep and encourage those that are useful and valuable, such as those of an artistic nature, and correct or do away with those that are dangerous and harmful, such as certain practices of magic and witchcraft, the exaggerated consumption of marihuana, coca, peyote and other drugs, etc.

There are Indian groups which uninformed people stupidly believe to be unadaptable to progress, primitive and even racially inferior because of the backwardness of their stage of evolution. This is the

case of the Otomi and Tarahumara Indians in Mexico. On the other hand, these people consider the Mayan, Tarascan and Aztec Indians amenable to progress because their stage of evolution is higher than that of the others.

Such discriminatory and unjustified ideas are due to the lack of historical and archeological information. The present inferior situation of the Otomi, Tarahumara and other groups is due to the continuation and survival of the primitive culture in which they have been developing since before the Conquest. In the same period, the Mayas and Aztecs had a valuable cultural development characterized by advanced architecture, beautiful sculpture, a wise chronological system, elaborate mythology, etc. This background helps to explain why the later have reached a higher stage than the former. It is because their surviving traits were of a higher level.

Indianist work should take this into account, for the same treatment can not be given to Indians who have been poorly developed in the past and are so at present as to those who were and are now more advanced. It seems strange but it is a fact that sometimes it is easier to introduce modern cultural characteristics to the first group than to the second, for the later defend the traditions they have inhereted from their ancestors, whereas the former did not have these traditions and so do not resist to the introduction of new cultural traits.

In this respect, we discovered some interesting things when we studied the Mexican immigration to the United States a few years ago. We noted that with the same low economic situation, the Negroes are adapted in general to the patterns of Western culture, because when they came to the United States, they had no important cultural manifestations except the dance, music and singing, elements which have had great influence in the American environment, whereas the Mexican Indo-mestizo keeps his cultural traditions, some of pre-Hispanic origin, and offers certain resistance to strange intromissions.

The *Inter-American Indian Institute* is not responsible for statements in signed articles.

FUNCTIONALISM, REALPOLITIK AND ANTHROPOLOGY IN UNDERDEVELOPED AREAS *

By Robert A. Manners
(U. S. A.)

Sumario

Las agencias de las Naciones Unidas y de aquellos países que emprenden programas unilaterales de asistencia en favor de áreas subdesarrolladas, se sirven frecuentemente de antropólogos a modo de consejeros que informen sobre posibles resistencias culturales a los proyectos que se proponen desarrollar. En este sentido los antropólogos así empleados desempeñan funciones muy semejantes a las llevadas a cabo por sus predecesores al servicio de algunas potencias coloniales. Pero, su consejo y parecer serán de uso limitado en la realización de los programas de asistencia en favor de las áreas subdesarrolladas. Porque, en las circunstancias actuales del mundo, los objetivos y finalidades de estos programas están dictados por consideraciones de naturaleza política y económica. Dichos programas serán proseguidos o no, en tanto que se vean satisfechos los fines buscados por los países que dan la ayuda o por las agencias que trabajan bajo su dirección.

Sin tomar en cuenta cuán altruísticos puedan ser los motivos del antropólogo empleado en estos programas, no tendrá éste voz en la determinación de los objetivos básicos que deben perseguirse. Ni podrá esperar llegar a controlar la dirección o el ritmo de cambio por medio de alteraciones fundamentales en la tecnología, salubridad y educación. Si trata de retardar estos cambios, ya que no quiere destruir la cultura existente, tendrá que oponerse a todos los programas hechos, cayendo en la cuenta de que se está colocando en las filas del conservadorismo social. Si pretendiera ver transformados algunos aspectos de la cultura, dejando otros en su estado primitivo, está negando la correlación funcional de las partes.

Y en tanto que es ciertamente un privilegio del antropólogo el ser un conservador social, si así lo desea, o el creer que pueden aislarse las partes de una cultura de los efectos de cambios básicos, debería al menos caer en la cuenta de su propio papel en estos programas. Debería comprender cuáles son las drásticas limitaciones impuestas a su trabajo por las realidades políticas y económicas que se hallan detrás de estos programas. Se sugiere, por tanto, que lo mejor para el antropólogo sería tratar de lograr una más clara comprensión de los procesos culturales que en este período particular de nuestra historia determinan el alcance de su propia utilidad y el valor en relación con las masas de gente a que se refieren los programas de ayuda en las áreas subdesarrolladas del mundo.

* Thanks are due Lewis Coser, Cora DuBois, A. L. Kroeber, John Murra and Faye von Mering for many helpful suggestions in the preparation of this article. For the defects and the deficiencies which it reveals in its present form, I am alone to blame. This paper is an expanded version of a paper delivered at the meetings of the AAA in December, 1954.

Introduction

Point Four, technical aid, and the facts of "economic cooperation" have added a new and somewhat urgent dimension to the old anthropological interest in the phenomena of acculturation and culture change. A number of anthropologists have shifted from the largely theoretical examination of the conditions and consequences of culture contact to endeavors of a programmatic and practical nature. This is not to say, of course, that applied anthropology is itself brand new or that Mr. Truman is the putative father of even the American variety. But it is apparent that the recent efforts of this country and of the United Nations to introduce radical changes in underdeveloped areas through technical assistance, health, education and a host of other programs have involved even greater numbers of anthropologists than were utilized by the British and others in their colonial activities over the past few decades.

The crucial distinction between most of the older acculturation studies and the recent efforts of anthropologists is that the former had been occupied primarily with description —or even analysis— of the *consequences* of one kind of culture contact or another, while the latter are concerned primarily with *instruction* or administrators and other agents of enforced culture change in the best ways of introducing the new elements with the least difficulty (Foster 1953: 841-851).* In her UNESCO handbook on *Cultural Patterns and Technical Change,* Margaret Mead specifies the practical value of anthropological research in assistance programs (1953). The aim of the study which led to the publication of this book, she says, was to discover "the ways in which changed agricultural or industrial practices, new public health procedures, new methods of child and maternal health care, and fundamental education can be introduced so that the culture will be disrupted as little as possible and so that whatever disruption does occur can either be compensated for, or channelled into constructive developments for the future". Therefore, the anthropologists offer their findings for the use of "experts, policy makers, specialists, technicians of all sorts, chiefs of missions and teams, members of ministries of health, education, agriculture, and industrial development in countries actively seeking to guide technological change —all those who are immediately concerned, at any level, with purposive technological change" (p. 13).

Some recent research efforts have attempted to improve the accuracy of prediction in introduced culture change by actual experimentation. In these controlled studies, the new elements are introduced under

* These quotations refer to the Bibliography at the end of this article.

the watchful guidance of the experimenters who then record the changes in the culture which follow (Cf. in this connection especially Fisher 1953; Vásquez Varela 1952; and Holmberg 1952). They thus endeavor to demonstrate the precise effects of the introduction of new technological, educational, and health practices into a "cultural community" whose prior circumstances are well known. The assumption behind these inquiries and behind the employment of anthropological advisers in the many programs of foreign aid now being undertaken is, of course, that detailed knowledge of a culture permits prediction of some of the reactions to and the effects of introduced changes. If one accepts the premise that there is a need for aid and that such aid should be introduced with the least possible disruption of community and individual adjustment and stability, then the anthropologist *seems* fairly well equipped to act as an adviser in these matters.

Malinowski has defended the anthropologist's practical efforts in colonial administration with the assertion that "social engineering is simply the empirical aspect of social theory" (Malinowski 1945: 6). It is not my purpose here to question the propriety of the social scientist's functioning in practical matters where his special knowledge may be of use to administrators. But it does not, as Gluckman and others (Cf. especially Gluckman 1949) have already pointed out, follow that his understanding offered as advice will necessarily influence the policies of the administrator or that it will actuallly produce effects which are of benefit to the majority of the people in the contacted community. In fact, it has been suggested that for the colonial situation at least the results may be just the opposite —that the anthropologist's professional advice may, if used at all, serve to facilitate the manipulation of the local population in violence of their own immediate interests.

To the degree that contemporary programs of foreign aid are concerned with mass elevation of the standard of living of peoples of underdeveloped areas, the anthropological advisers to these programs may stand on higher ethical eminences than their colonial office colleagues who, in effect, lend their talents and their knowledge to the prosecution of an unhampered exploitation. Unfortunately, however, for the peace of mind of those anthropologists involved in the new assistance endeavors, there has been more than a suggestion that the aims of Point Four and other technical, health and educational programs are themselves "tainted" by self interest or non-altruistic political considerations. For example, in a review of J. E. Bingham's *Shirt-Sleeve Diplomacy*, Clarence R. Decker observes that "...the

'integration" of technical co-operation and political and military strategy all strongly suggest that Point Four is already the stepchild of a revived old-fashioned power diplomacy... [there is a fear that] *realpolitik* has been reinstated as the sole basis of our diplomacy" (Decker 1954: 18).

In his speech to Congress on June 24, 1949, President Truman himself observed that one of the chief purposes of "technical assistance [was to] create conditions in which capital investment can be fruitful". Paul Sweezy (Sweezy 1954: 89), taking his lead from Mr. Truman's description, concludes that the object of Point Four "is pretty clearly the encouragement and protection of American foreign investments, not the balanced development of backward countries". Later on, I shall return to this topic, but at the moment it seems proper to suggest that the "goal" of improved living standards is likely, in assistance programs, to be forced to accomodate itself to the practical considerations of economically and politically wise investments. In effect, then, the "global potlatch" is encumbered by political and economic strings. I suppose there is nothing intrinsically objectionable about such arrangements. I merely raise the point to suggest that the role of the anthropological adviser to aid programs may in essence be not unlike the role of his colonial office prototype. If aid should in any way be tied to practical economic and political considerations of the aiding countries, it must follow that the anthropologists will play an auxilliary role to that of the administrator and the goals will be set for him by these considerations. Within these limits, as within the limits imposed upon anthropologists in the employ of conventional colonial administrations, the adviser functions largely to predict the possible consequences of policy. He can never determine the policy itself. For if major policies arise out of the deeper necessities of power-political and economic considerations, it is unlikely that they will be deflected or drastically renovated to accomodate to the anthropologist's cautious *caveats*.[1]

This is not to say, of course, that the anthropologist serves no function to the agencies involved in the introduction of culture changes on a world-wide scale. His very employment refutes such a view. Anthropologists can and do inform on many matters involving customs,

[1] M. Fortes reflects on the role of the anthropologist in the colonial situation with arresting pessimism when he observes (quoted in Simey, 1946: 239 and taken from "An Anthropologist's View", in *Fabian Colonial Essays*, Allen and Unwin 1945: 232, emphasis added) that: "The central problem of colonial development, from an anthropologist's point of view, is that of changing the system as a whole... *This is essentially a political question.*"

taboos, social forms and the like. Unquestionably their advice is often considered in the tactics of introducing new elements into a culture. But where grand strategy inevitably involves the precipitation of conflict and disruption, and where these disturbing potentialities may also be envisaged by the anthropologist, it is hardly likely that his advice on these matters could lead to abandonment of the project itself. Thus, the anthropologist may, for example, suggest that it would be unwise to make a frontal attack on exchange marriage or on polygyny, and the administrators of the program may decide it would be best, therefore, to overlook these practices for the time being. On the other hand, should the anthropologist advise that a landless peasantry could be won over to support a program of agricultural assistance by the gift of individual plots of farm land or by some pattern of collectivization, the realities of the program would probably doom the suggestion as unworkable. The real role of the anthropologist involved in technical and other assistance programs, then, emerges —like that of the colonial office technician— as one of prediction of cultural resistances.[2]

The anthropologist, as professional student of the problems of acculturation and culture change, has acquired a vested interest in this realm of forecasting. Fantastic numbers of books and articles (Cf. Keesing 1953 for a bibliography of materials on culture change) have been written dealing with the phenomena of culture change, with the origins, the reactions, the resistances and the consequences of cultural innovation (Barnett 1953). In the examination of these phenomena, writers and researchers have employed a number of concepts, some of which I shall examine in the sections which follow. Among these are the concepts of integration and disintegration, of social organization and disorganization, of rapid and enforced vs. gradual and guided acculturation, of cultural anomie, of dynamic and static cultures, of the strength of custom, of resistance to change, of differential or selective acceptance, of the functional interrelationship of the parts, and so on.

Cultural Integration and Individual Resistance as Factors in Change

The more "highly integrated" cultures have sometimes been compared with a delicate watch-like mechanism (Linton 1952: 86). It has been suggested that the sudden introduction of new elements into such a culture acts very much like the dropping of a grain of sand into the delicate works of the watch. The watch runs erratically, or

[2] Cf. Firth (1950: 195) "His ideal role... is that of diagnosis and prediction."

the culture becomes disorganized, anomic. Less delicately balanced cultures, it is said, tend to assimilate change better (p. 86) if the change itself is not too "radical" or too sudden. By and large, however, there is wide agreement among many anthropologists that all changes should be introduced into cultures with extreme care since any change will be likely to have repercussions which may be felt throughout the culture. Since change inevitably implies some degree of disruption —even in societies which are not so "well-integrated"— it follows that almost any introduced change may result in "social disorganization". The more "highly integrated" the culture, the more profound the disruptive effects of innovation, and the greater the consequent disorganization.

This is only one of many problems that must be faced by the agents of enforced culture change. Not only is the delicately-balanced cultural mechanism liable to disorganization in change, but the even more delicately-balanced carriers of the culture are likely to sense the disorganizing potential of the change and, therefore, to *resist* it. This type of response is sometimes described as an unwillingness or reluctance to accept innovation. It is suggested that most beliefs, customs and practices exert a conservatizing influence on culture, that there is a "natural" tendency to react against acceptance of any kind of change. There is a sizeable body of data which suggests that cultures are *normally* conservative, that people —anywhere— are suspicious of change, feel at ease in the presence of the customary and uncomfortable when confronted by the new. If this be so, then the anthropological advisers in assistance programs have, on one level, a fairly easy job. They can make the blanket prediction that all change will disorganize, all change will be resisted —and predict themselves out of a job. But obviously the matter is not quite so simple. It appears that some parts of culture are "more resistant to change others". (Cf. especially Herskovitz 1952; Barnett 1953: p. 377; Tax 1952: *passim*); that some changes are more or less disruptive of the total culture than others; and that some segments or groups of individuals within a society demonstrate different degrees of resistance to change. In practice, then, the administrator and the anthropologist understand these differences and are prepared to consider them in introducing change.

Understanding and consideration, however, may in themselves have small impact on policy. Since, in their local aspects, assistance programs are ostensibly non-political in character, they must conduct their activities in the framework of an existing sociopolitical structure. Thus,

health, education, and technical assistance must be proferred not only with a minimal "disorganizing" effect on the general cultural situation, but these must not be permitted either to alter the social and political *status quo ante.*

Wherever possible, then, aid is channelled through existing political and administrative agencies within the underdeveloped area. Thus, the official disinclination of the assisting agencies to interfere with political and social arrangements lends moral and material support to the groups in political power. In this sense, the technical, educational, hygienic, and other changes which are introduced function to *strengthen* the status quo. If they did not they would be resisted by the controlling elements; no group in a position of political dominance is likely to relinquish that position willingly. And the very changes which may be welcomed by the group in power may be resisted by others in the society.

Colonialism and the Ethnographer

In this connection, however, it has been suggested that the patterns of intervention involved in technical assistance differ radically from those practiced during more than 400 years of colonial penetration. The predatory behavior of pre-assistance times included specific exploitative and control aims. Contact was ordinarily undertaken with the object of procuring raw materials, providing markets, or opening areas for profitable investment of capital. Where expediency demanded at least nominal preservation of pre-existing political forms, these were preserved. Where they, or concomitant patterns of social organization, interfered with the primary exploitative aims of the intrusive power, they were modified, revamped or swept aside. Sometimes, of course, mistakes (acts which slowed up exploitation) were made and new methods had to be explored. Eventually it became apparent that the trained ethnographer, as well as the colonial administrator and the missionary, might be profitably employed in the pursuit of the practical ends. The Netherlands, France, Great Britain and other colonial powers consulted with and employed anthropologists in the interest of "understanding the native cultures", for "understanding", it was felt, might reduce friction, minimize violations of local customs, beliefs, traditions and deeply-held values. Then one could get on with the job.

But the goals of the job and the contact itself implied radical changes in pre-existent culture patterns. If, as Tylor has asserted, "The savage is firmly, obstinately conservative" (Quoted in Pitt-Rivers 1906: 9, and as Malinowski has more recently affirmed (Malisnows-

ki 1946: 94) "...conservatism is the most important trend in a primitive society..." then the intruding culture could expect resistance to the changes which it was "forced" to introduce. But if a way could be found to achieve the desired practical results without at the same time producing profound changes in the old way of life, then the job could proceed with greater smoothness and with fewer resistances. Anthropologists could tell administrators when they might go ahead or where they must go easy; or administrators could be trained so that they would themselves be able to function with anthropological know-how.[3] However, all parts of a culture, as Malinowski himself insisted and taught, fit together. If you introduce change in any part, contingent changes of varying intensity will make themselves felt throughout the culture.

This posed a dilemma for one of the world's outstanding anthropologists and advisers in problems of colonial administration. If all parts of a culture are interrelated, how does one prevent or even minimize the radiation effects of, let us say, the change from a subsistence economy to a subsistence plus-cash economy? Or does one, recognizing the interrelationship of the parts, oppose the introduction of this change because it threatens to have disruptive effects on the family structure, marriage, internal political and social relations, the unity of the clan and so on? To ask the question is to answer it. If it was cash crops —or mines— or mills —or factories that one wanted introduced, they were introduced, no matter the consequences, no matter the plaintive jeremiads of the preceptive ethnographer. Because Malinowski's functional view of culture —which stresses the interrelationship of its parts— cannot be reconciled with his applied anthropological point of view —which suggests that change may proceed by a process of quarantining those elements which should not be disturbed— he was forced to fabricate an unreal cultural system. Contact produces conflict an disorganization, and true cultural communities can not, by definition, be improperly integrated or disorganized. Hence cultures in conflict, or cultural communities under contact are in a sense not true cultures. Only those parts of them which involve interrelationships among the native population constitute the true cultural community. The personnel of the contacting culture do not fit into the native organization, and must not, therefore, be reckoned a part of the native culture.[4]

---

[3] Cf. in this connection the report by Major Sir Ralph Furse, *Post War Training for the Colonial Service*. Report of a Committee appointed by the Sec'y. of State for the Colonies; Colonial number 198, London, 1946.

[4] For a detailed critique of Malinowski's position see Max Gluckman 1948:

Malinowski apparently refused to apply to the contact situation his awareness of the fact that, while it is perfectly true that cultures can not be disorganized and remain viable, they are constantly undergoing alterations in the level or kind of their organization without disappearing. True cultural disorganization can at most be but a temporary thing. It must eventuate almost immediately in a new kind of organization or in the death of the culture itself. Exploitative contact appears severely disorganizing only if we assume some arbitrary and utterly unrealistic ideal of organization. If, on the other hand, we consider the changes wrought under this type of contact only an intensified manifestation of an inherent process in culture, we may look upon the result —*ethical considerations aside*— as a new level of organization or as reorganization. New experiences, new problems and new frustrations on a massive scale accompanied the changes introduced in the African cultures which were Malinowski's chief concern. But those cultures that did not die became reorganized —even though reorganization probably involved more personal hardship, insecurity and anxieties than had pre-contact organization. These were still valid cultures, although involved in contact and new forms of conflict, although there had been serious alterations in the old way of life.

Malinowski's formulations seem to have solved to his satisfaction the seemingly insoluble contradiction between his functionalism and his applied anthropology. He found it possible to admonish the administrator against tampering with the native custom of bride-price or exchange marriage while, at the same time observing that the colonial office had levied a hut or poll tax on the natives which effectively removed the young men to labor-scarce areas. The native culture —i. e., the life in the village— remained integrated, organized and relatively conflictless. It continued to include bride-price, mother-in-law taboos and buttered umbilici. The forms of social relations in the native village —having been rescued by the anthropologist— seemed almost the same as they had been before. Because, as Gluckman so clearly points out (1948: 5), Malinowski does not see the contactors and the contacted as part of the same "social field", he can almost assume that a substantial part of the village culture remains the same despite the profound consequences unleashed, let us suppose, by the opening of a new gold field 500 miles away.

1-21. Gluckman finds Malinowski's position a product of "the weakness of his theoretical framework... [for] he cannot admit 'conflict' into his frame of integrated institutions; that is, conflict as an inherent attribute of social organization, though in practice he uses it".

In point of fact, however, Malinowski does not quite assume that the culture of the village has been unaffected by the poll tax and the opening of the mine. Such a position would be patently absurd. What he does maintain is that while the contact induces changes in the tribal culture, *description* of the latter should not include reference to the contactors as integral and functioning parts of the native culture. This kind of reasoning, then, justified Malinowski in assuming that important segments of tribal culture might in part be insulated from the consequences of contact —since contact and its agents originate or lie outside of the tribal or village unit. If such a view were accurate, then it would be proper to say that an ethically-oriented and autonomous anthropologist could implement certain practices which would, in effect, maintain the cultural status quo in the face of outside changes. Or, at the very least, the anthropologist and the administrator might insure that novelty be introduced so subtly as scarcely to be noticed or felt. There are, however, at least two basic errors involved in these assumptions. The first of these, as I have already suggested, is the assumption that the tribe itself is the only realistic unit of integrated cultural interaction, even under circumstances of intense contact. Malinowski and others seem, in this case, to be saying that a cultural community cannot include diverse and conflicting ethnic groups. Or, by extension, that when a community becomes internally heterogenous or conflict-ridden it is "disorganized" and hence ceases to be an authentic and integrated cultural community. The second is the assumption, equally invalid, that the anthropologist is either autonomous or policy-significant.

And in this connection Firth remarks that (1950: 194): "The conditions in which the problems are set for him are not within the discretion of the anthropologist to vary. He cannot change the broad lines of policy —legal, administrative, economic, religious, educational— even though his researches may lead him to think that they are unsuitable to native needs."

American Anthropologists and the "Underdeveloped" American Indian

Some of the errors which flow from these or related assumptions about culture and the role of the anthropologist in introduced culture change are, I believe, expressed in the writings of a number of American ethnologists who have dealt with the problems of our native Indian populations, particularly some of those in the southwest. Among these writers there is evident a strong belief that many aspects of these

cultures may —and should— be retained by their bearers. If it were true that these cultures could perpetuate themselves as enclave isolates, free of contact with or dependence upon "outside" forces, then, of course, it would be justifiable —possibly desirable— so to maintain them. But this is no longer feasible. Whether they wish it or not, they have become involved in many ways, in many forms of clear material dependence, with the white culture which has surrounded and even infiltrated their tribal areas. To assert that it would be desirable for the Hopi, or the Navaho, or any other group to hold on to the "old ways" in the face of the assaults upon them which have effectively destroyed the material base which made them possible, is to assert a wish which is contrary to reality and to the possibilities of reality.[5]

This position suggests, moreover, that the Indians themselves are wholeheartedly in favor of perpetuation of the old; and this has not been conclusively demonstrated. On the other hand, it would be an equally invalid oversimplification to assert that *all* of the Indians favor the kind of total change which would absorb them completely into white American culture. There are many who fear such an eventuality —with good reason— given the experience of Indians under the condition of minority discrimination and prejudice which still prevail in most parts of the country. Others, too, would resist absorption because the "old ways" still provide them with subsistence and a sense of security. But the decision to accept or reject no longer lies with them, and their wishes are almost irrelevant. The American Indians, like "underdeveloped peoples" the world over, have been involved; new needs have been implanted, and the means for gratifying these needs have been revealed to them. In the process of satisfying the new needs they are becoming involved in new forms of economic and social behavior, and these must inevitably affect all other aspects of their culture. To resist these efforts by throwing a magic circle around art, technology, education, the family, etc., and saying, in effect: "Do not touch", is to deny the interrelationship of the parts. The anthropological consultant —whether he be retained by the Bureau of Indian

---

5 Cf. Thompson 1950 a and 1950 b; Collier 1947; and many others for expression of this view. Also John Provinse' (1954: 388-393) report of the general conclusions of the Conference on American Indians Today in which it is predicted that "present identifiable Indian Groups residing on reservations... will continue indefinitely as distinct social units, preserving their basic values, personality and Indian way of life, while making continual adjustments, often *superficial* in nature, to the economic and political demands of the larger society". (emphasis added). For an opposed, or more "pessimistic" view see Manners (1952: 127-134).

Affairs or the administrators of technical assistance programs in Latin America, Africa, or the Near East— who suggests the feasibility of such a program is, it seems to me, somewhat less than realistic.

But the position I am here presenting is itself open to the accusation of over-simplification unless I qualify it further. I am not, of course, suggesting that when the first trader, trapper, or missionary enters an area and hands out iron pots, iron axes or Bibles that he caused the economic, social and ritual organization to crumble and the native language to disappear. I am merely asserting that introduction of these and related elements sets in motion a process or series of processes whose results are felt in other parts of the culture; that these consequences, though not readily predictable in detail, are bound to follow some such radiant pattern; and that no amount of advice, consultation, precaution or admonition can appreciably frustrate or alter the side-effects of introduced changes. A committee of experts convened by UNESCO has declared their recognition of these consequences as follows (UNESCO, 1953: 380): "The effort to extend the benefits of industrialization and technological advances to all peoples must inevitably be accompanied by profound cultural dislocations."

In short, it is the contact and the nature of the contact along with the changes it presents which determines the total cultural effect. It is not the wishes of the contacting group or of those contacted which can make this selective determination. From this it does not necessarily follow that we can predict with accuracy the pattern of cultural radiation or the side-effects of contact even when we know well the details of the contact and the cultural superstructure on which it has impinged.[6] But it does follow that the anthropologist's advice to "go easy" with the family structure, the religion, the taboos against this or that are of doubtful practical value in the face of the massive dynamism which may be unleashed by the introduction of the iron axe, the bulldozer, insecticides and work for wages.

The Anthropologist and Altruistic Intervention

This brings us back to the important question: whether programs of intervention in underdeveloped areas which are altruistically motivated are to any degree handicapped by the necessities which govern contact guided by aims of exploitation and profit. Are not the technical, health, educational and other agents of assistance programs free to

---

[6] Fortes observes (quoted in Simey 1946: 239): "Whether or not the required changes can be planned or even regulated is an open question, in the present stage of sociological theory..."

perform their jobs without regard for the interests of the "investors" who support their activities? And would they not, under such circumstances, be in a far better position to observe the cautions and make use of the advice which the anthropologist is prepared to give?

The answer to the first of these questions is exceedingly complex. However, it merits some consideration here, for it suggests that a contact which imports the material, educational, medical and nutritional impedimenta of advanced western civilization in a spirit of benevolent selflessness will be followed by results which differ profoundly from those which ensue when these elements are introduced as the baggage of self-interest. To an important degree this may actually be the case; and it would be demonstrably absurd to deny it. On the other hand, it would be equally absurd to overlook the many and growing similarities between the earlier forms of intrusion and those which, like Point Four, appear to have been otherwise motivated. Present political and economic realities, like those of the past, make their own demands (Cf. Hakim 1950: 72). Not only are the areas for technical assistance, educational and other programs determined by these realities, but the nature and extent of assistance is itself limited by the same imperatives. Speaking of South Asia, Werner Lavi notes (Talbot, ed.: 1950: 230) that: "...United States loans to this region are bound to have strings attached also; at least, I doubt whether loans can be granted in a completely altruistic manner. I think altruism is too much to ask in international relations. If the U. S. even on a governmental basis makes loans, it will tie them in with some sort of political policy..."

It is illuminating also to examine President Truman's inaugural address launching Point Four in January of 1949 and the restatement of the aims of technical assistance enunciated in the message to Congress just five months later. In January, Mr. Truman said: "The old imperialism —exploitation for foreign profit— has no place in our plans." On June 24th of the same year he specified the conditions of assistance in greater detail than he had in the initial statement. And it hardly follows from even a cursory examination of the later statement that the "new" differs very radically from the "old imperialism" with respect at least to its economic aims (Hakim 1950: 73). For the June message re-emphasizes that the main purpose of "technical assistance [is to] create conditions in which capital investment can be fruitful". Mr. Truman also urged that "private sources of funds [in addition to those furnished by such public agencies as the Export-Import Bank and the International Bank for Reconstruction and Development] must be encouraged to provide a major part of the capital

required". To make the project even more attractive to investors, Mr. Truman added two additional incentives. The first of these was contained in the proposal that there be "special treaties guaranteeing equal and non-discriminatory treatment to American capital"; and the second that there be instituted a plan for "government insurance to private investors against the special risks of foreign investment".

But Point Four, it may be protested, is not the only program of aid being extended by this country to underdeveloped areas. Perhaps programs which are under the guidance of the UN, FAO, ILO, UNESCO, WHO and other agencies of a more-or-less international complexion are not governed by the same considerations as are those which govern American assistance delivered under the MSA or one of its successors. Jacob Viner (1952: 201) makes a pertinent observation. The United States, he notes, is participating in its own aid programs and in multinational programs as well. "...but the bulk of our aid is granted by us directly to the recipient countries". And Eugene Staley (1954: 351) in his analysis of the *Future of Underdeveloped Countries* says: "The U. S. share of the subscribed capital of the International Bank is 35 per cent. The U. S. has contributed about 60 per cent in the first few years of the 'expanded program' of United Nations technical assistance. The 12 million dollars provided by the U. S. in 1952 for this program and the somewhat smaller amount contributed in 1953 *are but small fractions of the amounts the U. S. has been spending directly in its bilateral* [as opposed to multilateral] *Point Four program.*" (Emphasis added.) Thus, the United States is clearly the most important contributor in both bilateral and multilateral programs of assistance; and our bilateral operations involve far greater sums than are expended in our generous contributions to the UN and related agencies.

If we may judge from the "practical" conditions enunciated to justify the expenditures of Point Four, we may, I believe, assume also that certain practical benefits are expected to follow from investment in *any* assistance program abroad, even when it is part of an "internationally" co-operative endeavor. Earlier I referred to a statement by Clarence Decker regarding the *realpolitik*-al nature of our asistance endeavors. Viner is even more pointed (1952: 201). "As long as strategic and military considerations continue to be important, we cannot surrender to the United Nations, which includes the Iron Curtain countries, 'neutralist' countries, and border-line countries... the decision as to how and for what purposes our aid is to be alloted."

Stringfellow Barr (1952: 58) finds that under the first years of

the United Nations: "American aid... was going not where suffering was most acute but where cold war politics directed it... our programs of economic aid, technical assistance, or whatever they might at any given moment be called, were doomed to become one facet of our foreign policy... any economic aid that could not be fitted into our military policies became either a pittance or an immoral handout."

It is, of course, not my desire in introducing these observations to reflect upon the morality of assistance given with ulterior motives of a practical strategic, military, economic or political color. For purposes of this discussion it is, it seems to me, only necessary to suggest that the motivation itself governs who gets help as well as what, how and how much will be offered. If this be so, one might logically expect that aid will be withheld from those areas where no advantages are anticipated —no matter how grave the need— and denied to people of governments which refuse to fulfill the "practical" conditions upon which the offer of assistance is predicated. Where such offers are extended by or in the name of the "western bloc" or by and in the name of the "Soviet bloc" we may be justified in assuming that there is involved more than a tacit assumption of a *quid pro quo*.

Conservatism and Functionalism

Favoring the preservation of "some of the old ways", as I have already suggested, is not only a denial of the basic anthropological conception of the functional interrelationship of a culture's "parts" but is a doctrine of conservatism as well. While there is no question that cultural or any other kind of conservatism is the privilege of any one, anthropologist or not, it should, I must emphasize, be recognized for what it is.

In an article on "The Metaphysics of Conservatism" (Lewis 1953: 741) Gordon K. Lewis observes that the vocabulary of conservatism —the pleas to proceed with caution, to eschew violence to tradition, to cherish the past —offers us, "...when all the sound and fury are over... nothing much more than the defense of the present order..." If it is the present order which the anthropologist defends when he is concerned over the consequences of change. he should be aware of this. If he opposes the "present order" as inadequate, or unjust, or stifling for any moral or ethical reasons of his own choosing, and is therefore willing to see it supplanted, he must as well be willing to recognize the pervasive after-effects which will follow changes in the "present order". If he wishes strongly to preserve some of the old ways and the old values of a culture, he will find that the means to

preservation of the parts may inevitably be preservation of the whole. Thus, the anthropologist's high regard for an art form, or for a type of family or clan organization, or for certain systems of co-operative endeavor —however admirable or desirable these may be— could conceivably promote his opposition to a technical assistance program which, by functional radiation, threatens these cultural forms. For the anthropologist does, in the final analysis, recognize the "wholeness" of culture.

Cultural Relativism and Enforced Culture Change

It is curious to note how many of the anthropologists who espouse the preservation of some of the old ways in terms of their essential "validity" do thereby implicitly abandon the very relativity which they offer in defense of the espousal. Not only is their willingness to accept change and improvement in some *material* conditions a denial —and, I would agree, a most salutary denial— of the doctrine of absolute cultural relativism, but their championing of the parts to be preserved suggests that these parts are to be more highly regarded than those which threaten, under change, to supplant or alter them.

The widespread anthropological resistance to change stems understandably from this non-relativistic evaluation in which many anthropologists are constantly —if resistantly— indulging. They are always running into items and practices which seem well worth preserving. It is therefore inevitable that they should actively advocate such preservation. It would be foolish to deny that there is much "good" in underdeveloped areas which will be replaced as they develop by much that is "bad". But nostalgia and a sincere concern for those cultural devices which seem good and desirable are unlikely to prevail against the profoundly disturbing forces of industrialism and a money economy.

This is not to say that the effects of such involvement need be or will be everywhere the same. They will not. But the dream of perpetual pluralism needs serious recasting in the light of our experience and observation. Much that we may cherish will inevitably be lost. We only hope that the larger gains to humankind will amply compensate for these losses which are adjunct to the course of introduced culture change.

At least a part of the world's cultural pluralism is today the pluralism of inequality, of differentials in wealth and access to the advantages of wealth. Few anthropologists would argue for the preservation of these pluralistic inequities. But even the pluralism which is the product

of diverse cultural histories is declining under the impact of increasingly similar forces. Pluralism without gross inequality may add an interest, a zest and a potential source of perennial enrichment to the future citizens of the world. But the ironical reality appears to be that as the mechanisms for capitalizing these cross-fertilizing potentialities become increasingly effective —that is, as communication and non-evaluative tolerance improve— the differences diminish; and world culture moves at least in the direction of a broad sameness, perhaps, in Browning's poignant phrasing, towards a "common grayness".

Differential Acculturation and Acceptance

Among the ethical and moral biases embraced by some anthropologists engaged in assistance programs is the bias in favor of the assumption, as I have stated earlier, that culture changes are, *per se*, unsettling to the people involved. Because changes in the way of life are upsetting, the beneficiaries of assistance programs are likely to resist them. Thus the go-slow admonition of the anthropologist may be doubly-grounded in the pragmatics of program implementation and a concern for the emotional stability of the people. Here is a curious dilemma on the horns of which many anthropologists might be indefinitely impaled were it not for the fact that the administrators are charged with the responsibility for getting changes introduced, come what anomic consequences may come. If anthropologists were to subscribe rigidly to the related doctrines of relativism and the anomic effects of change they would have to oppose any program of assistance whatsoever. But few anthropologists are even theoretically so committed, and certainly none of those involved in aid programs are practically so committed.

Perhaps this is so because anomie and resistance to change turn out to be neither so dependable nor so widespread as has sometimes been suggested. In practice, anthropologists commonly recognize that there are differentials in the rate and manner of acceptance of change.[7] Sometimes it is said that people will accept change more readily in the material than in the non-material realm; or that differential acculturation may be seen in the greater resistance to changes in the "costumbres" than to changes in other parts of the culture (Tax 1952: 230 et passim). Or it may be asserted that since no culture is completely static anyway, it might be useful and decent to engage in some

7 Cf. "Acculturation: An Exploratory Formulation" in the *American Anthropologist* (1954: 973-1002) for an excellent discussion of this and other acculturational phenomena dealt with in the present paper.

judicious and selective manipulation by way of hastening an inherent dynamism. It is deemed far better to exercise scientific and humane guidance over the process than to permit it to proceed whimsically and anarchically to the detriment of the "developing" peoples.

In point of fact, then, cultures do change, and people are not inevitably resistant to change, and virtually all anthropologists would agree. Whether some people are more congenial to change than others, or whether changes are more acceptable in certain parts of culture than in others is still debatable. Speaking of Mexico, Beals says *(Ibid.:* 231), "In the main the Mexican Indian does not have sharp rejection patterns to those things which have 'practical' value." Somewhat later he suggests what he may mean by practical value when he states: (pp. 288-289) "You get periods of rejection when they don't take any European culture. These are associated with a period of unpleasant (sic) relationships between Indian and white. When you get... more rapid acculturation coming in, it generally marks an improvement in relations. These are cases in which the government tries to do something constructive for the Indian rather than simple exploitation of him."

Two non-anthropological experts in the field of underdeveloped areas concur in Beal's view that cultures do not necessarily resist change... even change of a profound nature... that entrenched attitudes or values can even be swept aside or replaced. Although they do not concern themselves with the possible costs of rapid and enforced change, they do imply a profound shift in values which sometimes make change and acceptance of change immediately sequential. (Hoselitz 1952: 3-53.) Speaking of the pre-revolutionary period in Russia, Gerschenkorn says: (p. 27) "...how quickly in the last decades of the past century a pattern of life that had been so strongly opposed to industrial values and that tended to consider any non-agricultural economic activity as sinful and unnatural began to give way to very different attitudes". And Lamb notes, for the post-revolutionary period, how quickly the Russians have come to know that (p. 47) "The industrial revolution is today a complex entity which can be exported to the backward areas of the world, set up there and made to run... They have drawn into their industrial society over a hundred peoples living within the borders of the Soviet Union and altered their traditional way of life."

In studying the "patterns of resistance and acceptance demonstrated by the peoples of "underdeveloped" areas in the face of directed attempts to change their ways. "Charles J. Erasmus finds that "practical"

and percivable advantages speed acceptance. (Erasmus 1954: 147.) "In agriculture, for example, the introduction of improved plant varieties (higher yielding or more disease-resistant) which result in a greater profit to the farmer has repeatedly resulted in spectacular success stories."

And Ralph Beals, in an article dealing with the people of the Ecuatorian village of Nayon (1954: 71), observes that "Many members of the group have accepted *major* shifts in the socio-cultural system with little difficulty and look forward to additional changes." (Emphasis added.)

As illustrations of the prevailing view that elements of material culture are more readily accepted than the non-material, I quote briefly from Barnett's analysis of innovation (Barnett 1953: 377.) He finds that "new tools, appliances, house and dress style" are more readily adopted than non-material elements because, "on the whole they create fewer, and in many cases not any, social complications". This somewhat oversimplified statement which attributes conservatism in culture to a fear of "social complications" is slightly less mystical —but hardly more analytical or illuminating— than the assumption entertained by Malinowski and others about the "natural" conservatism of primitive and "backward" peoples.

Another and highly sensitive observer, the artist-anthropologist, Covarrubias, suggests not only that change may be acceptable to a people but that it may even be accepted within that most non-material part of their culture, their religion. Of the Balinese, he says (Covarrubias 1950: 263): "...[they] have been extremely liberal in matters of religion. Every time a new idea was introduced into the island, instead of repudiating it they took it for what it was worth and, if they found it interesting enough, assimilated it into their religion..." On acceptance and conservatism generally, he has this to say (Ibid. p. 163): "The Balinese are extremely proud of their traditions, but they are also progressive and unconservative, and when a foreign idea strikes their fancy, they adopt it with great enthusiasm as their own."

In general there appears to be some evidence for the view that in an "unforced" acculturational situation those elements and ideas will be most readily accepted which hold out a promise of benefit to the acceptors. In the forced situation, the same general rule would hold true theoretically but would be largely inoperative in practical terms since *adoption* and not acceptance (implying volition and positive affect) is the purpose. Here again it seems reasonable to insist that the anthropologist, with all of his knowledge of the "delicate balance" of

a culture —of what it may accept or reject— can be of small practical value to the administrator confronted with the job of foisting changes on a people "for their own" (or someone else's) sake.

Acceptance and the Local Hierarchy

Few —if any— of the present assistance programs are concerned with peoples in truly primitive, undifferentiated and homogeneous communities. In terms of social organization, the aid-receiving countries are complex and hierarchically structured. Under these circumstances, introduced changes which benefit certain segments of the community may bring little or no improvement in the condition of others. If aid is extended by or under the aegis of the "western democracies", it must be offered under the conditions imposed by their traditional and our Constitutional regard for property rights. Forcible expropriation can play no part in programs aimed at economic betterment. The western nations cannot, as can the nations of the Soviet Bloc, *promise* land confiscation without compensation, followed by redistribution to the landless agricultural workers. In most of the "backward" world redistribution *after legal condemnation and purchase* with adequate compensation to the landholders is admittedly impracticable. This is one of the more serious dilemmas confronting the assistance programs of the West, and it is one which, we may note, gives to the West's Soviet Bloc competitors one of their most powerful propaganda weapons.

Hakim (1952: 267) puts his finger on the significance of this fact when he speaks of the enthusiasm with which land redistribution changes would be accepted in agrarian cultures. "...the landless agricultural workers and share tenants of underdeveloped countries would not fail to welcome assistance to implement a program of land reform which would give them land and would set them up as independent farmers. In fact, the peasant class has more than once been won over by movements which make precisely such promises (sic)." An aid program which fails to take this kind of step, he adds, is only likely to "leave the majority of the people in poverty". (Ibid: 267.) If the aid program cannot include plans for immediate and basic land reforms it will do little good for the anthropologist to protest that there will be cultural resistance to the program or apathy on the part of the landless agriculturalists. He may know, as Linton cogently observes, (1952: 76-77) that the benefits offered will not help those most in need of assistance, that the very social structure of the community

must in some respects be altered before the aid will reach those most in need of it. But even if he knows this truth and suggests the consequences of ignoring it, it is hardly likely that the plan can be tailored to meet his objections.

"Many colonial peoples and the sharecroppers and tenants who form a large part of the population in even independent 'backward' nations know from sad experience that, every time their income increases, so do their taxes and rents. After each advertised economic advance they find themselves with very much the same standard of living they had before they underwent the trouble and uncertainty involved in practicing new techniques.

"One also finds that the members of the average peasant community view any attempts to improve their economic condition which originate with their rulers with considerable and not unjustified suspicion. This holds whether the rulers are foreign imperalists or a native upper class. The peasant feels that anything which his rulers offer as a chance to improve his condition is probably more to their advantage than to his own. Since his rulers have always mulcted him in the past, he assumes that they will continue to mulct him in the future."

Hakim sees the pattern (1952: 261) as a "tendency of the Western powers. . . to bolster up existing feudal and reactionary regimes rather than to help the progressive forces in opposition to them". He finds this situation paralleled closely by the programs of the "governments of . . .advanced countries [which deal] with colonial and semi-colonial territories". For these "have sought to win over a small minority group or class, strengthen it in its domination over the people, and allow it to reap the benefits of economic development, while the majority of the people remain in poverty and degradation".

In these observations is revealed one of the many distressing but significant parallels between the "old imperialism" and the current assistance programs which are —perhaps not improperly— imbedded in considerations of a power-political nature. Under the old imperialism the agricultural laborer was exploited for the benefit of the imperial investor and his local agents. Under the existing patterns of aid, and without the basic land reforms that would be required to make them significantly different, he may continue to suffer the same kind or degree of exploitation. The very pattern of western assistance insures the preservation of the socio-economic status quo. (Hakim 1950: 68-73.) To violate the status quo and the present system of drastic exploitation which prevails so widely in much of the underdeveloped

agrarian areas of the world would demand measures which are either financially infeasible or clearly contradictory to our concern for the sanctity of property. Thus, under the old imperialism and under the new assistance programs the picture for the more depressed segments of populations of "backward" areas continues to be a gloomy one. The role of the anthropological adviser must thus remain pretty much what it has been before—namely, that of helping the administrator "to make wise decisions", (Evans-Pritchard 1951: 117) but within the context of a broad policy over which he has no control and which clearly determines the larger cultural consequences of contact. The anthropologist may predict that complex cultures will be divided in their reaction to contact and assistance. Those who benefit may be happy to accept the aid. Those members of the same community who may not benefit may resist. In a certain sense, *this* is a far more dependable and predictable pattern of "resistance to culture change" than the more-frequently-referred-to conflict between acceptance of material and non-material elements.

But what of fairly homogeneous societies which appear illogically to resist the introduction of changes calculated to improve their economic conditions? Isn't this kind of resistance, one is asked, good evidence for the assertion that cultures "normally resist change?" The charge, as Linton says (1952: 76) has often been levelled at "our own reservation Indians". He finds the evidence unconvincing. "Government experts will tell them how to breed cattle or to get better crops by scientific methods, but they will go on as they are. If one follows back the history of the dealings of our Indians with the United States Government, it is easy to understand the reason for such apathy. Tribe after tribe made a real effort to copy white ways when they were placed on reservations. They saw that the old life was ended and did their best to adapt. However, whenever a tribe got a communally-owned cattle herd which could be a valuable source of income, stockmen who wanted the range brought pressure in Washington, and the tribe suddenly found its herd sold and the money 'put in trust'. If a tribe developed an irrigation project and brought new lands under cultivation, presently an excuse would be found for expropriating this and moving the tribe to a still more submarginal territory. The Indians were frustrated and puzzled by changing government policies, in which the only consistent feature was that they always lost, and settled back into apathy and pauperism."

This kind of historical referrant would, it seems, give us a more satisfactory explanation of some of the forms of "cultural resistance to

change" than such an assumption, let us say, as Laura Thompson's thesis of a "logico-aesthetic integration" whose delicate balance might be upset by change. It is, she says, to the preservation of this balance, somehow felt or understood by the people themselves, that they devote their energies when they fight off changes (Thompson 1950: passim.) Linton views the matter differently, tells us that many groups do not resist change but, on the contrary, appear to accept and even welcome it when it promises to bring them benefits.

Theoretical Orientation and Practical Aid

The question may now be asked whether, in view of the apparent differences in theoretical approach to the problem of culture change, certain anthropologists may be of more practical value in assistance programs than others. Is not the anthropologist who is acquainted with the facts of possible past frustrations, or with the different attitudes expressed or felt by the various groups or classes in a society, likely to be more useful to the administrator who is implementing a program already decided upon than the anthropologist who is wary of any change because he sees change itself as a threat to the stability and the balance of a culture? If the analysis made so far is at all valid, the answer must be a pessimistic and virtually unqualified negative. To the anthropologist who advises caution and is worried about the effects of any change, the administrator must answer roughly that the ends are calculated to justify the means— and the ends are a complexly woven fabric of "improved living standards" and "practical diplomatic, strategic, political" goals in a time of tension and world crisis. And to the anthropologist who may stress differential class reaction to or desire for change, or who points to the past sins of industrialized nations as a clue to a generalized response of suspicion in the present, the administrator must offer the same answer and proceed in the same way to the same desired ends.

Conclusions

Speaking of the Island of Bali, Covarrubias says: (1950: 402-403) "...the power of our civilization to penetrate can no longer be ignored. It would be futile to recommend measures to prevent the relentless march of Westernization; tourists can not be kept out, the needs of trade will not be restricted for sentimental reasons... To advocate the unconditional preservation of their picturesque culture in the midst of

modern civilization would be the equivalent of turning Bali into a living museum, putting the entire island into a glass case for the enjoyment of hordes of tourists".

The anthropologists who have assisted colonial administrators, and those who are presently engaged as advisers in uninational or multi-national programs of assistance, have not been and are not being charged with the responsibility for stemming the penetration of "our civilization". On the contrary, their job under the old colonialism and under the new assistance programs is one of aiding in the "relentless march of Westernization". They have been asked to advise in order to facilitate that penetration which is, in one form or another, deemed inevitable or necessary. The aims of penetration under modern colonialism were clearly and unequivocally mercenary, and the means to achievement were patterned —in somewhat varying ways, it is true— along lines which seemed most likely to maximize these aims. The aims of contemporary assistance programs are in part altruistic, in part practical in the political as well as the economic sense. The patterns of distribution of current assistance programs reflect the prepotent significance of the political and economic considerations.

The anthropologist under colonialism as well as the anthropologist who assists in the conduct of aid programs advises on areas of cultural sensitivity and suggests which tactics may best insure achievement of the strategic goals of the administrator or the assistance mission. In both cases the grand strategy is imposed from above and the tactics are accomodated to the goals. If the anthropologist feels that he must explain his participation in either type endeavor, he may say that the programs are going forward anyway, and anything he can do to ease the "cultural shock" to the objects of penetration is ethically and morally justifiable. Since most anthropological workers in the colonial and "underdeveloped" vineyards are modest fellows, it may well be that this relatively minor aid is all that they would claim to provide.

But they must then, as Gluckman points out *(op. cit.)*, be prepared to accept the full implications of their "minor" activities. Having identified themselves with the project, they have become identified with the goals of the project. I have tried to suggest what some of the less obvious correlates may be. Far more is involved, it seems to me, than simple easement of the "shock of accomodation". If, by their participation, the applied anthropologists are contributing in *any* measure to the achievement of the goals of colonial or assistance programs, they are contributing to one of the most profound cultural developments of our time. It is in this context, and in the context of the controlling

cultural dynamics of which I spoke earlier, that they must evaluate their participation in and their contributions to such programs.

Until that distant day when the cultural interests of a world community may conceivably allow non-political solutions of social and economic problems, these contributions will, I believe, have small influence over patterns of culture change in underdeveloped areas undergoing contact. Perhaps the best that the applied anthropologists —and the rest of us— may do between now and then would be to try to illuminate the very nature of these cultural processes which restrict the part played by the "scientist of man" on behalf of man in "backward" areas.

BIBLIOGRAPHY

Acculturation: An Exploratory Formulation. The Social Science Research Council
1954. Summer Seminar on Acculturation, 1953. *American Anthropologist 56:* 973-1002.

Barnett, H. G.
1953. *Innovation: The Basis of Cultural Change.* New York, Mc Graw-Hill.

Barr, Stringfellow
1954. *Citizens of the World.* New York, Doubleday.

Beals, Ralph
1954. The Village in an Industrial World. *Scientific Monthly* LXXVII, nº 2: 65-75.

Bingham, Jonathan E.
1954. *Shirt-Sleeve Diplomacy.* New York, John Day.

Collier, John
1947. *Indians of the Americas.* New York, Mentor.

Covarrubias, Miguel
1950. *The Island of Bali.* New York, Knopf.

Decker, Clarence R.
1954. Review of Bingham's Shirt-Sleeve Diplomacy. *Saturday Review,* June 5, 1954: 18.

Erasmus, Charles J.
1954. An Anthropologist Views Technical Assistance. *Scientific Monthly* LXXVIII, nº 3: 147-158.

Evans-Pritchard, E. E.
1951. *Social Anthropology.* London, Cohen and West.

Firth, Raymond
1950. *Human Types.* London, Thomas Nelson and Sons, Ll.c.

Fisher, Glen
1953. Directed Culture Change in Nayarit, Mexico: Analysis of a Pilot Project in Basic Education *(Middle American Research Institute:* 17, preprint.) Tulane University, New Orleans: 67-176.

Foster, George M.
1953. Use of Anthropological Methods and Data in Planning and Operation. *Public Health Reports 68,* nº 9. Sept. 1953.

Furse, Sir Ralph

1946. *Post-War Training for the Colonial Service.* Colonial Office Publication 198. London.

Gerschenkorn, Alexander

1952. Economic Backwardness in Historical Perspective. In: *Progress of Underdeveloped Areas.* Hoselitz, ed.: 3-29 Chicago, University of Chicago.

Gluckman, Max

1948. *Malinowski's Sociological Theories.* London, Oxford Press.

Hakim, George

1950. Point-Four —The Need and the Impact. *The Annals Of the American Academy of Political and Social Science* 270.

1952. Technical Aid from the Viewpoint of the Aid-receiving Countries. In: *Progress of Underdeveloped Areas,* Hoselitz, ed.: 259-269. Chicago, University of Chicago.

Herskovitz, M.

1952. The Problem of Adapting Societies to New Tasks. In: *Progress of Underdeveloped Areas,* Hoselitz, ed.: 89-112. Chicago, University of Chicago.

Holmberg, Allan R.

1952. Proyecto Perú-Cornell en Las Ciencias Sociales Aplicadas. *Perú Indígena* II: 158-166.

Hoselitz, Bert F.

1952. *Progress of Underdeveloped Areas.* Chicago, University of Chicago.

Keesing, Felix

1953. *Cultural Change, An Analysis and Bibliography of Anthropological Sources to 1952.* Stanford, Stanford University.

Lamb, Robert K.

1952. Political Elites and the Process of Economic Development In: *Progress of Underdeveloped Areas,* Hoselitz, ed.: 30-53. Chicago, University of Chicago.

Lewis, Gordon K.

1953. The Metaphysics of Conservatism. *Western Political Quarterly* VI, nº 4: 728-741.

Linton, Ralph

1952. Cultural and Personality Factors Affecting Economic Growth. In: *Progress of Underdeveloped Areas,* Hosselitz, ed.: 73-88. Chicago University, Chicago.

Malinowski, B.

1954. *The Dynamics of Culture Change, An Inquiry into Race Relations in Africa.* New Haven, Yale University Press.

Manners, Robert A.

1952. Anthropology and "Culture in Crisis." *American Anthropologist* 54: 127-134.

Mead, Margaret

1953. *Cultural Patterns and Technological Change.* UNESCO.

Pitt-Rivers, A. Lane-Fox

1906. *The Evolution of Culture and Other Essays.* London, Oxford.

Provinse, John

1954. The American Indian in Transition. *American Anthropologist* 56: 388-393.

Simey, T. S.
1946. *Welfare and Planning in the West Indies.* New York. Oxford Press.

Staley, Eugene
1954. *The Future of Underdeveloped Countries: Political Implications of Economic Development.* New York, Harper.

Sweezy, Paul
1953. *The Present as History.* New York, Monthly Review Press.

Talbot, Phillips, ed.
1950. *South Asia in the World Today.* Harris Foundation Lectures. Chicago, University of Chicago Press.

Tax, Sol
1952. *Heritage of Conquest.* Glencoe, Free Press.

Thompson, Laura
1950a *Culture in Crisis: A Study of the Hopi Indians.* New York, Harper.
1950b Personality and Government. Findings and Recommendations of the Indian Administration Research. *América Indígena* 10:1 et. seq.

Unesco
1953. *Interrelations of Culture*, New York.

Vásquez Varela, Mario C.
1952. La Antropología Cultural y Nuestro problema del Indio. *Perú Indígena* II: 7-157.

Viner, Jacob
1952. America's Aims and the Progress of Underdeveloped Countries, In: *Progress of Underdeveloped Areas,* Hoselitz, ed.: 175-202. Chicago, University of Chicago.





Habitación característica de los Indios "catío" del Departamento de Chocó, Colombia.

Foto: Cortesía de la Dra. Rosa Scolnik.

LOS PROBLEMAS DEMOGRÁFICOS DE HAITÍ

Por ACHILLE ARISTIDE
(Haití)

Summary

The Republics of Haiti and Santo Domingo share the Island of Haiti. A great historical tragedy, the disappearance of one of the two nationalities in a war of racial annihilation, lumbers in the background, as a consequence of doctrines of racial and cultural superiority.

The population of Haiti, already at a level of 116.6 inhabitants per km^2, continues to increase, spurred by cultural patterns that place great value on fertility. The economic level of the masses is extremely low; the average industrial wages being of less than $ 33 per month and the income for the rural population, the majority of the inhabitants, still lower.

Industrialization is hampered by faulty investment habits on the part of local businessmen, that prefer the tourist trade, real estate and small scale commerce to industry, as objets of development.

World Agencies such as the World Health Organization, have performed great services to Haiti, but the fundamental problems have not been solved, and their pressure is urgent.

An integrated approach including demographic redistribution, political development at the municipal level, road construction and systematic industrialization, is the only possible solution.

Situadas en la zona del Caribe, la República de Haití y la República Dominicana se dividen la soberanía de la Isla de Haití, segunda de las Grandes Antillas. La República de Haití ocupa la tercera parte de la isla en la zona occidental. Ahora bien, esta región se halla sumamente poblada y es desde un punto de vista geográfico sumamente accidentada.

Las diferencias geográficas y demográficas, étnicas e histórico-culturales, que existen esencialmente entre las dos repúblicas vecinas, separadas por una línea fronteriza, tienen una gran significación en sus relaciones más bien singulares y dramáticas.

El sabio etnólogo e historiador haitiano, Dr. Jean Price Mars, en su obra monumental aparecida recientemente y titulada "*La República de Haití y la República Dominicana*", ha determinado en forma definitiva, con muchos detalles de erudición, de ciencia y de penetrante análisis las líneas más sobresalientes de "esta gran tragedia", forjada por las relaciones de los dos pueblos, junto con "el siniestro fantasma de una perspectiva de destrucción de una de las dos nacionalidades por

obra de la otra, víctima de la fascinación ejercida por las doctrinas de la superioridad racial, de clases o de cultura".

Haití, según la etimología indígena, significa: "País de Montañas." En efecto, en una superficie global de 27.750 km^2, las montañas ocupan 21,000 km^2. Este factor orográfico entre otros, haciendo difíciles las vías de comunicación, parece fragmentar y dividir el territorio y la población de 3,111,973 habitantes poco más o menos, con una densidad de 116.6 habitantes por km^2, según los datos del censo oficial de 1950. Esta población fecunda y prolífica en extremo, rural en sus cuatro quintas partes, concentrada en las montañas, en algunas regiones y ciudades, especialmente en Puerto Príncipe, la Capital, que ha llegado a ser "la República de Puerto Príncipe", en general muy mezclada en las ciudades y negra en el campo y en los suburbios, no ha dejado jamás de aumentar a través de la historia, a pesar de la miseria, la enfermedad y la ignorancia.

Desde todos los puntos de vista, sus raíces se hunden en la historia de la Colonia francesa de Santo Domingo.

Es bien sabido que los primeros conquistadores españoles, al extinguirse la raza aborigen de Haití, víctima de su explotación, del trabajo en las minas y de las enfermedades, tuvieron que ceder en 1697 esta parte occidental a Francia. Esta importó anualmente de África 33,000 esclavos que fueron sometidos, dentro de las peores condiciones biológicas, a duros trabajos agrícolas, mineros e industriales. Política de repoblación con fines económicos, bajo el impulso genial de Bertrand d'Ogeron. Fue así cómo la ecuación de la riqueza descansaba sobre el número, es decir sobre la masa servil del ganado humano, importado del misterioso continente negro, a tal grado que en 1780 se pudieron calcular las riquezas de la más próspera de las colonias de la historia: Santo Domingo, en 1.487,840,000 libras tornesas,[1] producto de la energía de 455,000 esclavos que eran el motor económico de una comunidad compuesta de tres clases principales, a saber: el colono francés, el manumitido y el esclavo.

Desde la independencia de Haití en 1804 hasta nuestros días, sigue existiendo esta misma estructura colonial en sus múltiples aspectos: social, cultural, política y económica y se prolongó con esta diferencia de grado y de forma en el liberto que ha sustituído al colono vencido y expulsado del territorio, para mantener paradójicamente una posición económica estática en razón inversa de la disminución en la productividad de las masas nacionales en un país cada vez menos desarro-

[1] Moneda antigua de plata acuñada en Tours, equivalente a tres cuartillos de real. (Nota de la redacción.)

llado y más superpoblado. Se entiende por esto que el estancamiento y el anacronismo de la vida económica general en Haití —a pesar del aumento desproporcionado del material humano, cuyo aprovechamiento es extremadamente bajo y totalmente insuficiente— se hacen manifiestos por el hecho de que la minoría que forma la clase plutócrata no se preocupa casi por ensanchar el carcomido marco de sus actividades económicas, ni de orientarse sistemáticamente por el camino de la industria en grande, por medio de un esfuerzo conjugado de la mayor cantidad de Capital y del más eficaz trabajo: empresas de envergadura de las que podrán beneficiarse los patronos, los empleados, el Estado y toda la economía nacional.

Pero este reducido número de ricos no utiliza en forma de obtener el mayor rendimiento, la fuerza productiva de una multitud innumerable de brazos que tienen necesidad de trabajar: sus favores o sus posibilidades se dirigen solamente al comercio en pequeño, a los negocios e industrias de la propiedad inmueble y del turismo, etc.

Este fenómeno económico, bastante bien definido, no es exclusivo de la República de Haití. Es, en muchos de sus aspectos, común a ciertos países de la América Latina en general y a las zonas no menos superpobladas del Caribe en particular.

Pero sea de esto lo que fuere, al presente es fácil notar en todo caso que la superpoblación que se observa en diferentes comunidades del Mundo se convierte cada día más en un problema angustioso para los dirigentes, ya que los productos de la tierra no corresponden a las necesidades de sus pobladores y menos a su alarmante ritmo de desarrollo.

En Haití, uno de los países más superpoblados, esta angustia demográfica no está menos justificada. La resistencia innata y el mestizaje biológico del hombre haitiano son factores en el aumento de la población. La cultura tradicional (en un sentido antropológico) que condena el aborto, el infanticidio y favorece la natalidad, ofrece al drama cotidiano de la pobreza, mecanismos freudianos de compensación, de sublimación, de evasión, de supervivencia, etc. No fueron hasta el homicidio y el suicidio, aún cuando se veían impulsados por su patológica necesidad económica, gracias a la inhibición y compensación causadas por la cultura salvadora. No se trata aquí de otras formas de la criminalidad que supone otro tipo de causalidad y de observaciones sociológicas. De hecho, estos mecanismos de compensación favorecedores de la vitalidad, si así puede decirse, han existido en la colonia francesa de Santo Domingo, que llegó hasta la casi divinización del Número en las condiciones anteriormente mencionadas. Igualmente, el

viejo proverbio haitiano: "*Pitits cé richès*" (los hijos son riqueza) sigue siendo uno de los criterios dominantes de la sociología y de la economía rural. En resumen, puede decirse que el poder adquisitivo tan bajo del pueblo haitiano no corresponde a las exigencias inmisericordes del costo de la vida.

Una encuesta oficial e inédita que se hizo acerca de las condiciones de la familia rural media, compuesta de cinco personas, proporciona en cuanto a los gastos se refiere, los siguientes datos:

Gastos anuales (detalles)	Gourdes	1.590.00
Alimentación	,,	882.00
Vestido (hombres)	,,	145.80
Vestido (mujeres)	,,	131.45
Educación (libros escolares y colegiatura)	,,	1.00
Diversiones (apuestas, tabaco, bebidas, juegos, bailes, etc.)	,,	38.00
Salubridad (educación médica en general) ...	,,	5.05
Dispensarios y medicinas gratuitas	,,	———

Conviene notar que los gastos principales son por concepto de alimentación, vestido, mobiliario, y que el tipo de cambio es de 5 Gourdes por 1.00 Dls.

Por otra parte el empleado público gana por lo general 233.98 Gourdes por mes.

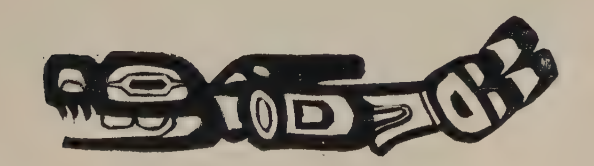
En Puerto Príncipe el salario medio pagado por las empresas e industrias privadas es de 175.00 Gourdes mensuales.

Es evidente que este Cuadro de gastos y salarios, aún cuando fuera presentado en forma más completa, no bastaría para permitirnos abarcar y calcular en términos cuantitativos la totalidad de las manifestaciones financieras y económicas de los individuos de los grupos familiares, sociales y económicos especialmente de las grandes masas sociales que desde el punto de vista demográfico y general, constituyen la más importante reserva de la nación. Sería necesario añadir aquí otros datos esenciales que la encuesta mencionada, según esperamos, no dejará de dar a conocer. En todo caso el conjunto de los datos obtenidos en este estudio nos proporciona una idea general, más o menos exacta, de lo que son en Haití los problemas demográficos. Objetivamente, estos problemas podrán precisarse más, al constatar los progresos que se han realizado o que están en vías de realización en los diversos campos de la salubridad y de la higiene pública, de la educación, de la organización económica, técnica, científica, administrativa, etc.

Bajo el rubro de la salubridad pública, podemos recordar aquí por ejemplo la notable victoria obtenida por la Organización Mundial de la Salud, en colaboración con el Gobierno de la República, sobre el pian, enfermedad que hacía innumerables víctimas entre las masas rurales. Actualmente, según datos de la O.M.S. tan sólo 1 % de la población de Haití padece esta enfermedad.

Urge, dada la gravedad y complejidad de los problemas demográficos, continuar por la vía del progreso en vista del mejoramiento de la estructura de la comunidad. Los resultados de esta imperiosa tarea, se obtendrán laboriosamente por la decentralización, y por medio de una mejor distribución de la población, concediendo la autonomía a las municipalidades; por medio de la emigración libre y organizada, por un cierto control de la natalidad, por medio de la intensificación y la diversificación de la producción económica; por la industrialización sistemática, las vías de comunicación, el material y el equipo técnico adecuados, por la higiene pública y la elevación del nivel educativo y moral, etc.

Los problemas demográficos son complejos e inter-dependientes. Están integrados en una estructura general. En otras palabras, las poblaciones en su unidad orgánica y en sus movimientos, están subordinadas a la organización social, política, económica, sanitaria y cultural de una comunidad cualquiera. La profunda angustia que inspiran por todas partes nace simplemente de la pobreza y de la falta de una organización justa, racional y humana. Tomada en sí misma "no hay virtud especial en la multitud, en el número, a menos que coopere a elevar la calidad del tipo de vida".





Indígena "catío" del Departamento de Chocó. Colombia.

Foto: Cortesía de la Dra. Rosa Scolnik.

INDÍGENAS DE MÉXICO

ALGUNAS CONSIDERACIONES DEMOGRÁFICAS

Por Anselmo Marino Flores
(México)

Summary

According to the 1950 census, Mexico has almost two and a half million inhabitants speaking Indian languages throughout the country, especially in the South Pacific, Central and Gulf regions and somewthat less in the North and North Pacific regions. The states with the greatest number of Indians speaking native languages, are Oaxaca with more than half a million, Puebla, Veracruz and Yucatan with about a quarter of a million, and Chiapas, Guerrero, Hidalgo and Mexico with more than 100,000 but less than 200,000. The proportion of these Indians to the total population over five years of age is greatest in Yucatan where it reaches 50 %. Oaxaca, Quintana Roo, Campeche, Chiapas, Hidalgo and Puebla follow with more than 20 %.

During the decade 1940-1950, there were practically no variations in those percentages. There was a decrease of only 1 % but no uniform tendency. In some states, the percentage increased and in others it decreased.

The number of monolingual Indians reached 795,069 of these, the greatest number, 12,813 or 26% of all monolingual Indians, speak Nahuatl.

En uno de los últimos números de la Revista *Población*,[1] el Dr. Juan Comas publicó un artículo titulado "Indígenas de México" en el que transcribe y analiza las cifras que alcanzaba la población indígena de nuestro país en el año de 1940. El aspecto demográfico es uno de los principales problemas de la República Mexicana, que reviste gran importancia, no sólo para los profesionistas que se dedican al estudio de los problemas sociales como los antropólogos, sociólogos, economistas, médicos, etc., sino para todas aquellas personas que se preocupan por tener una visión aunque sea panorámica de la situación real en que vivimos.

Como el autor indica, las cifras "corresponden al Censo de 1940, ya que el de 1950 no ha facilitado hasta el momento cuadros de distribución de la población de acuerdo con el idioma ni con las características culturales, queda claro que aquellas (las cifras) sólo tienen un valor relativo". El expositor se limita sólo al estudio de las cifras de 1940, por carecer todavía de datos de 1950. Es nuestra intención presentar a grandes rasgos, tal como se hizo para 1940, las características demográficas de la población indígena; expresándonos en

[1] *Población*; Vol. I, Nº 3, pp. 36-44; México, D. F.

otros términos, se pretende con estas líneas completar, en cierta forma, la interesante exposición del Dr. Juan Comas.

El VII Censo General de Población correspondiente al año de 1950, fue levantado por la Institución oficial encargada de las estadísticas nacionales, la Dirección General de Estadística, de la Secretaría de la Economía Nacional. Esta misma Dirección, publicó posteriormente una serie de *Cuadernos Estadísticos* en los que proporciona para cada una de las Entidades Federativas, la concentración municipal de los datos que se investigaron al efectuar el Censo; tales cuadernos, uno para cada Estado de la República, fueron las fuentes consultadas de donde se tomaron los datos originales que se presentan en el presente estudio. Hacemos patente nuestro agradecimiento a la Dirección General de Estadística, por la ayuda que al respecto proporcionó.

En el artículo "Indígenas de México" se transcriben cifras de "indígenas monolingües" que se atribuyen erróneamente a José E. Iturriaga. Las cifras son exactas, pero no hay ninguna razón para citar la obra conocida con el ambicioso título de "*La Estructura Social y Cultural de México*" puesto que tales cantidades fueron transcritas "al pie de la letra" —permítase la expresión— del "*Cuaderno Estadístico, Estados Unidos Mexicanos. 6º Censo de Población, 1940. Resumen General.* Secretaría de la Economía Nacional, Dirección General de Estadística. 1943" páginas 11, 12 y 13. La fuente original es la Dirección General de Estadística y por lo tanto debe concedérsele el mérito que le corresponde.

En 1950 fueron censadas 2 490 909 personas mayores de cinco años que hablaban lenguas indígenas. La población total fue de 25 791 017 y la mayor de cinco años 21 821 032; ésta última comparada con la de hablantes indígenas indica una proporción de 11.2 por ciento. En 1950, por cada 10 hablantes de español, había uno que se expresaba en lengua aborigen. (Al final se inserta el Cuadro numérico: Población que habla lenguas Indígenas por Entidades Federativas, 1950. Su consulta facilitará la comprensión de lo que en seguida se trata.)

Los hablantes de lenguas indígenas se encuentran en todos los Estados y en todas las zonas Estadístico Agrícolas, sólo que la densidad es lo que varía. Podemos hablar de Estados fuertemente indígenas como lo son Yucatán o Oaxaca; en oposición a otros que están completamente mestizados como Aguascalientes, Tamaulipas, Nuevo León y otros. De acuerdo con las zonas Estadístico Agrícolas la Pacífico Sur es la que cuenta con mayor número de indígenas, le siguen en importancia la Centro y la del Golfo; la proporción para la Norte es mínima.

La distribución de los hablantes de lenguas indígenas, juzgada de

acuerdo con el número absoluto que alcanzan en cada una de las Entidades Federativas, permite clasificar a éstas, en la siguiente forma:

1. Oaxaca con más de 500 000 hablantes.
2. Puebla, Veracruz y Yucatán: entre 200 000 y 300 000 hablantes.
3. Chiapas, Guerrero, Hidalgo y México: entre 100 000 y 200 000 hablantes.
4. Michoacán y San Luis Potosí: entre 50 000 y 100 000 hablantes.
5. Campeche, Chihuahua, Distrito Federal, Morelos, Querétaro Sonora y Tlaxcala; entre 10 000 y 50 000 hablantes.
6. Durango, Guanajuato, Jalisco, Nayarit, Quintana Roo y Sinaloa; entre 1 000 y 10 000 hablantes.
7. Aguascalientes, Baja California Norte, Baja California T. S., Coahuila, Colima, Nuevo León, Tamaulipas y Zacatecas; con menos de 1 000 hablantes.

Como las cifras absolutas por sí solas no indican exactamente la intensidad del fenómeno, anotamos en seguida la clasificación de las Entidades según los porcentajes que alcanzan los hablantes de lenguas indígenas, frente a los mayores de cinco años, en cada una de ellas.

1. Yucatán. Con 63 por ciento.
2. Oaxaca y Quintana Roo. Entre 40 y 50 por ciento.
3. Campeche. Con 31 por ciento.
4. Chiapas, Hidalgo y Puebla. Entre 20 y 30 por ciento.
5. Guerrero, México, San Luis Potosí y Veracruz. Entre 10 y 20 por ciento.
6. Chihuahua, Michoacán, Morelos, Nayarit, Querétaro, Sinaloa, Sonora, Tabasco y Tlaxcala. Entre 1 y 10 por ciento.
7. Aguascalientes, Baja California Norte, Baja California T. S., Coahuila, Colima, Distrito Federal, Durango, Guanajuato, Jalisco, Nuevo León, Tamaulipas y Zacatecas. Con menos de 1 por ciento.

En el Cuadro "Variación de la Población que Habla Lenguas Indígenas durante el Decenio 1940-1950", se anotaron en las dos últimas columnas el aumento o la disminución que se registró, tanto en números absolutos como porcentuales (los relativos se anotaron únicamente para aquellas Entidades que tienen más del uno por ciento de población indígena). Durante este período decenal el monto de la población indígena de hecho se conservó estático, sólo disminuyó con 43 300 hablantes, que representan el uno por ciento, si se les compara con el total de indígenas que había en 1940. Sin embargo si se analizan los porcentajes arrojados por las diferentes Entidades, se observará que no existió entre ellas una tendencia uniforme, como tampoco sus incrementos fueron de igual intensidad; se operaron aumen-

tos y disminuciones, y fueron en bajo y elevado porcentaje. De acuerdo con los números absolutos son los Estados de Hidalgo y Oaxaca los que sufren mayor cambio, solo que uno en sentido positivo y otro negativo; Hidalgo disminuye en 38 683 y Oaxaca aumenta con 30 296 hablantes. En Puebla y en México se efectúan también cambios de consideración, en ambos se registra un descenso, en el primero es de 25 599 y en el segundo de 20 732 indígenas. La población maya de Yucatán aumentó con 13 395 aborígenes. Las variaciones que se presentaron en los demás estados fueron de menor cuantía.

En lo que respecta a los porcentajes se presentó el caso insólito de Quintana Roo, que aumentó 42 unidades; siguen en orden de importancia Morelos, Nayarit y Querétaro, que registraron descensos de 23, 29 y 20 por ciento respectivamente. Los cambios ocurridos en los estados de mayor concentración indígena como Oaxaca, Puebla, Veracruz y Yucatán fueron mínimos y en ninguno de ellos fue mayor del 8 por ciento, prácticamente se conservaron igual.

La población que habla sólo lenguas indígenas, otro aspecto estudiado por el Sr. Comas, fue de 795 069 individuos en 1950. Por cada 100 individuos que se comunicaban en castellano, 4 lo hacían en lengua indígena, por desconocer la lengua nacional.

En el siguiente cuadro anotamos en la primera columna la lengua indígena; en la segunda el número de hablantes monolíngües con que cuenta: en la tercera el porcentaje que representa el número de hablantes de cada lengua en relación al total de hablantes en los casos en que es superior del 1 por ciento.

1.	Amuzgo	5 839	—
2.	Cora	228	—
3.	Chatino	8 259	1.0
4.	Chinanteco	15 702	2.0
5.	Chol	18 898	2.4
6.	Chontal	1 539	—
7.	Huasteco	17 276	2.2
8.	Huichcl	1 035	—
9.	Kikapoo	132	—
10.	Maya	50 912	6.4
11.	Mayo	2 509	—
12.	Mazahua	16 254	2.0
13.	Mazateco	47 167	5.9
14.	Nahua	212 813	26.8
15.	Mixe	21 005	2.6
16.	Mixteco	76 946	9.7
17.	Otomí	57 559	7.2
18.	Popoloca	1 564	—
19.	Tarahumara	8 166	1.0

20.	Tarasco	9 796	1.2
21.	Tepehuano	1 583	—
22.	Tlapaneco	12 234	1.5
23.	Totonaco	54 333	6.8
24.	Tzeltal	31 856	4.0
25.	Tzotzil	44 103	5.5
26.	Yaqui	199	—
27.	Zapoteco	60 680	7.6
28.	Zoque	4 804	—
	Otros	11 678	1.5
	Total de la Rep.	795 069	100.0

Por el número de hablantes monolíngües, las lenguas se pueden dividir:

1. Nahua: con 26 por ciento.
2. Chatino, chinanteco, chol, huasteco, maya, mazahua, mazateco, mixe, mixteco, otomí, tarahumara, tarasco, tlapaneco, totonaco, tzeltal, tzotzil y zapoteco; con más de 1, pero sin llegar a 10 por ciento.
3. Amuzgo, cora, chontal, huichol, kikapoo, mayo, popoloca, tepehuano, yaqui y zoque; no llegan al 1 por ciento.

El predominio de la lengua nahua es evidente.

La distribución de las lenguas indígenas según el monolingüismo por Entidades, es la siguiente:

Campeche	:	Maya
Chiapas	:	Chol, Maya, Tzeltal Tzotzil y Zoque
Chihuahua	:	Tarahumara y Tepehuano
Guerrero	:	Amuzgo, Nahua, Mixteco y Tlapaneco
Hidalgo	:	Nahua y Otomí
México	:	Mazahua, Nahua y Otomí
Michoacán	:	Tarasco
Morelos	:	Nahua
Nayarit	:	Cora
Oaxaca	:	Chatino, Chinanteco, Chontal, Mazateco, Nahua, Mixe, Mixteco, Zapoteco y Zoque

Puebla	:	Mazateco, Nahua, Mixteco, Otomí, Totonaco y Zoque
Querétaro	:	Otomí
Quintana Roo	:	Maya
San Luis P.	:	Huasteco y Nahua
Sinaloa	:	Mayo
Sonora	:	Mayo y Yaqui
Tabasco	:	Chontal
Tlaxcala		Nahua
Veracruz	:	Huasteco, Nahua, Otomí, Popoloca, Totonaco y Zapoteco
Yucatán	:	Maya

Los estudios de demografía indígena son contados. Entre los más importantes, ya citados por el Dr. Comas, son los de Alanís Patiño, pero sobre todo los del Instituto Nacional Indigenista y del Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas, Secretaría de Educación Pública. El de Alanís Patiño es un estudio global de las principales características demográficas del sector indígena. El Instituto Nacional Indigenista publicó la obra del Lic. Germán Parra en la que se estudia la distribución de la población indígena por municipios, lengua, monolingüismo y bilingüismo: este interesante estudio se hizo con datos de 1940, por lo que sería de gran utilidad se hiciera el correspondiente de 1950, para conocer tanto la situación en dicho año como las tendencias y ritmos de los crecimientos de los diferentes sectores aborígenes del país; este aspecto es sumamente importante para poder planear realmente la acción indigenista en cada uno de los grupos; consideramos que no sería muy difícil abordarlo, pues ya se cuenta con la base, el análisis de 1940.

El extinto Departamento de Asuntos Indígenas, publicó en 1944, un Álbum de "Mapas Lingüísticos de la República Mexicana"; está compuesto por una serie de mapas estatales, en los que se toma como unidad el municipio y donde se indica por medio de diferentes colores y matices la lengua indígena que existe y la proporción que hay entre los hablantes y la población general.

La magnitud del problema indígena, de hecho ya es conocida por todos. En su estudio y resolución se han interesado los diferentes sec-

tores gubernamentales y ya se empiezan a ver los primeros frutos de la acción indigenista, frutos que indudablemente son la coronación de loables esfuerzos por parte de instituciones, como la Dirección General de Asuntos Indígenas, el Instituto Nacional Indigenista y el Instituto Indigenista Interamericano.

REPÚBLICA MEXICANA

VARIACIÓN DE LA POBLACIÓN QUE HABLA LENGUAS INDÍGENAS DURANTE EL DECENIO 1940-1950

ENTIDAD	HABLANTES 1950	INDÍGENAS 1940	VARIACIÓN Absoluta		VARIACIÓN Relativa	
TOTAL DE LA REPÚBLICA	2 447 609	2 490 909	Dis.	43 300	Dis.	1.7
1. Aguascalientes	42	33	Au.	9		
2. B. California Norte	354	302	Au.	52		
3. B. California T. S.	74	8	Au.	66		
4. Campeche	32 816	32 622	Au.	194	Dis.	0.0
5. Coahuila	500	422	Au.	78		
6. Colima	165	20	Au.	145		
7. Chiapas	198 087	187 139	Au.	10 948	Au.	5.8
8. Chihuahua	22 448	26 630	Dis.	4 382	Dis.	16.4
9. Distrito Federal	18 812	17 967	Au.	845		
10. Durango	2 592	1 823	Au.	769		
11. Guanajuato	4 650	6 460	Dis.	1 810		
12. Guerrero	124 693	125 536	Dis.	843	Dis.	0.0
13. Hidalgo	179 629	218 312	Dis.	38 683	Dis.	17.7
14. Jalisco	5 303	1 381	Au.	3 922		
15. México	183 051	203 783	Dis.	20 732	Dis.	10.1
16. Michoacán	51 273	62 141	Dis.	10 868	Dis.	17.4
17. Morelos	11 764	15 448	Dis.	3 684	Dis.	23.8
18. Nayarit	3 866	5 513	Dis.	1 647	Dis.	29.8
19. Nuevo León	198	46	Au.	152		
20. Oaxaca	586 853	556 557	Au.	30 296	Au.	5.4
21. Puebla	297 490	323 089	Dis.	25 599	Dis.	7.9
22. Querétaro	13 257	16 587	Dis.	3 330	Dis.	20.0
23. Quintana Roo	9 599	6 722	Au.	2 877	Au.	42.7
24. San Luis Potosí	89 096	81 771	Au.	7 325	Au.	8.9
25. Sinaloa	8 940	9 327	Dis.	387	Dis.	4.1
26. Sonora	25 058	26 354	Dis.	1 296	Dis.	4.9
27. Tabasco	24 486	24 820	Dis.	334	Dis.	1.3
28. Tamaulipas	696	306	Au.	390		
29. Tlaxcala	22 213	26 725	Dis.	4 512	Dis.	16.8
30. Veracruz	252 739	247 048	Au.	5 691	Au.	2.3
31. Yucatán	279 380	265 985	Au.	13 395	Au.	5.0
32. Zacatecas	284	32	Au.	252		

REPÚBLICA MEXICANA

Población que habla Lenguas Indígenas por Entidades Federativas
1950

ENTIDAD	POB. TOTAL	MAYORES DE 5 AÑOS	HABLAN LENGUAS INDIG.	PORCENTAJE
TOTAL DE LA REPÚBLICA	25 791 017	21 821 032	2 490 909	11.2
1. Aguascalientes	188 075	158 242	42	
2. B. California Norte	226 965	190 703	354	
3. B. California T. S.	60 864	51 372	74	
4. Campeche	122 098	103 086	32 816	31.8
5. Coahuila	720 619	610 331	500	
6. Colima	112 321	94 506	165	
7. Chiapas	907 026	756 559	198 087	26.2
8. Chihuahua	846 414	717 331	22 448	3.1
9. Distrito Federal	3 050 442	2 617 904	18 812	
10. Durango	629 874	531 626	2 592	
11. Guanajuato	1 328 712	1 122 061	4 650	
12. Guerrero	919 386	776 978	124 693	16.0
13. Hidalgo	850 394	712 434	179 629	25.2
14. Jalisco	1 746 777	1 479 169	5 303	
15. México	1 392 623	1 175 026	183 051	15.6
16. Michoacán	1 422 717	1 199 648	51 273	4.3
17. Morelos	272 842	232 397	11 764	5.1
18. Nayarit	290 124	244 917	3 866	1.6
19. Nuevo León	740 191	631 427	198	
20. Oaxaca	1 421 313	1 212 258	586 853	48.4
21. Puebla	1 625 830	1 376 306	297 490	21.6
22. Querétaro	286 238	241 358	13 257	5.5
23. Quintana Roo	26 967	21 937	9 599	43.7
24. San Luis Potosí	856 066	720 242	89 096	12.4
25. Sinaloa	635 681	534 468	8 940	1.7
26. Sonora	510 607	434 101	25 058	5.8
27. Tabasco	362 716	300 580	24 486	8.1
28. Tamaulipas	718 167	610 541	696	
29. Tlaxcala	284 551	240 185	22 213	9.2
30. Veracruz	2 040 231	1 718 041	252 739	14.7
31. Yucatán	516 899	437 493	279 380	63.8
32. Zacatecas	665 524	556 239	284	
Complementarios	11 763	11 565	201	

Nota: El porcentaje se refiere a la relación entre hablantes de lenguas indígenas y los mayores de 5 años. Solo se anotaron los mayores de la unidad.

EL POBLAMIENTO DEL VALLE DEL AMAZONAS

Por Víctor M. Pinedo del Águila
(Perú)

Summary

From the sociological point of view, the primitive Amazon nations, called tribes, have gone and are going through a slow evolution through time and contact with the Andean man and people of the white, negro and yellow races. This has resulted in a transformation of the geo-human panorama of the Amazon Valley which has had three well-defined historical stages: the Amazonian, the Colonial and the Republican.

During the first stage, the demographic movement was determined by natural resources (fruits) of the flora and fauna, and there was intermarriage among the Plains Indians and of these Indians with the Andean Indians. This gave rise to the *mestizo-authocthonous* population of America, which had its own cultural values and grew, in all probability, very slowly, because of nomadism, civil wars, conquests, and emigration to the small and large Andean high plateaus and to the Pacific coast.

The demographic movement in the Colonial period was determined more by the whip of the European conqueror and forced labor in gold, silver, platinum and precious stone mines than by the economic cycle of minerals. The Spanish and Portuguese military captaincies, composed mainly of adventurers, showed a lack of organizing ability and political vision in provoking the depopulation of the Amazon Valley by means of terror and violence. Forced concubinage of the Indian with the white man and the small number of Christian Indians gave rise to the first creole-mestizo population in the XVI, XVII and XVIII centuries and the first groups of "zambos" (Indian mixed with Negro) and "mulatos" (mixture of Indian, Negro and white).

The first years of the Republican stage form the golden age for internal migration and foreign immigration of human masses of whites, Negroes and Orientals. The demographic movement revolved mainly around the Hevea Amazonica or rubber tree, and brought forth 5 well-defined types of what we might call the cosmopolitan-mestizo population. From the mixture of the Amazon Indian, the Andean Indian and immigrants of different races comes the Amazon mestizo, the Amazon man, a confluence of ethnic elements, and the repopulation of the Amazon Valley. Factors influencing the demographic movement are accentuated and the rate of vegetative growth increases as a result of the increase in births over deaths. Speaking figuratively, there is a greater biological investment.

The great Amazon population reaches 10 millon inhabitants along the Amazon and its tributaries. Many primitive Amazon nations join their socio-ethnic group through mestizaje. The eugenic process has not finished yet. The demographic density is weak in relation to the size of the Amazon Valley 6,500.000 square kilometers. Today, however, the geographer, the sociologist, the researcher, the historian and the traveller can see vigorous social and

economic centers such as the river ports and cities of Pará, Santarem, Itacoatiara, Manaos in Brazil, Iquitos, Nauta, Yurimaguas, Moyobamba, Tarapoto, Requena, Pucallpa in Peru, hundreds of towns and thousands of villages and hamlets.

The demographic density of the Amazon Valley can be increased, by creating more opportunities for the surplus population of Europe, expanding the mining and manufacturing industries existing on a small scale in the Amazon plains and bringing in foreign trade, for the Amazon Valley must in the near future, fulfill a social function in world economy.

For many centuries the lands at the mouth of the Amazon have been advancing toward the Atlantic, inviting men from the East.

El poblamiento del Valle del Amazonas, cuyo punto de partida se pierde en los orígenes mismos del hombre americano, ha sido un proceso biológico de marcha progresiva, lenta, resultado de migraciones internas y de inmigraciones procedentes de otros continentes, con su respectivo corolario: el desarrollo, condicionado por el determinismo geográfico y el aprovechamiento de las riquezas naturales del suelo y subsuelo. No ha sido un fenómeno enteramente fortuito. Cuando se rompió el aislamiento del Continente Americano, los primeros elementos económicos que atrajeron la mente extranjera fueron el oro, la plata, el platino y las piedras preciosas; de donde se desprende que el poblamiento de una región cualquiera del Globo depende de las condiciones ventajosas que puede ofrecer el medio geográfico para la fijación del hombre al terreno.

Su aurora principió con el hombre errante, nómada, que buscaba el sustento diario en los bosques, lagos y ríos; que se perfeccionó en el arte de pescar y cazar a través de la experiencia diaria adquirida; que inventó armas defensivas y ofensivas; que delineó la arquitectura de sus habitaciones; que en la cerámica inició el arte de fabricar utensilios domésticos; que utilizó fibras vegetales para la fabricación de sus vestidos primitivos; y que estableció las primeras bases de la Agricultura, dedicándose, por el incremento de la prole, a la cultura de variadas plantas silvestres cuyos granos constituyen hoy día elementos modernos de subsistencia para la mayor parte de los pueblos del mundo.

Pero los pueblos —afirman los sociólogos— no evolucionan indefinidamente siguiendo una misma ley; la evolución se hace respaldada por grandes períodos históricos, marcados por descubrimientos geográficos o industriales, por conquistas científicas, por cataclismos orogénicos. Los resultados finales de tales hechos no pueden ser conocidos de antemano. De otro lado, su crecimiento demográfico está subordi-

nado a los problemas de natalidad, mortalidad, emigración e inmigración y algunas veces a las secuelas de las guerras, de las perturbaciones sociológicas.

La historia de la Humanidad enseña que las conquistas, las inmigraciones y el intercambio comercial son fenómenos sociales que conmueven y modifican la estructura psico-física de los pueblos; y son precisamente estos fenómenos los que han canalizado las tres fases o períodos del poblamiento del Valle del Amazonas: la fase amazónica, la fase del coloniaje, y la fase republicana. Cada una de ellas fue encuadrada por situaciones económico-sociales totalmente distintas.

La Fase Amazónica

La primera fase, ocurrida en la infancia del Valle del Amazonas, originó, como es lógico suponer, la constitución de agrupaciones aborígenes (aldeas, caseríos, pueblos) independientes unas y confederadas otras a lo largo del litoral atlántico y de las orillas del río Amazonas, agrupaciones plasmadas por el instinto de conservación (defensa) y que poseyeron la cultura de la piedra pulida primeramente y de la piedra labrada después, como lo demuestran las zonas arqueológicas de la Isla Marajó y de los ríos Tapajoz, Negro, Napo, Amazonas y las ruinas que aún resisten a la acción del tiempo en las cuencas del río Marañón (afluente Utcubamba), del río Huallaga (afluentes Saposoa y Mayo), y del río Ucayali (afluente Urubamba).

El hombre, desde que asomó sobre la Tierra, creó su *psico-esfera* en lo intrincado de las selvas, adquiriendo los elementos de subsistencia en el seno de los tres reinos de la Naturaleza: vegetal, animal y mineral. La población primitiva amazónica condicionó su vida y crecimiento alrededor de un factor común compuesto de especies vegetales: el *sheá* (maíz), el *nuze* (maní), la *mama* (yuca), el *kenguí* (papa silvestre), el *yuhuí* (zapallo), el *paanta* (plátano), el *achu* (fruto de la *Mauritia vinífera)*, la *katierna* (nuez de la *Attalea speciosa)*, el *matá* (fruto del *Astrocarym tucuma)*, el *chapi* (fruto del *Elephantusa macrocarpa)*, el *pitiú* (haba salvaje) y otras plantas silvestres que producen granos y tubérculos comestibles. La floresta es, ha sido y seguirá siendo el fiel aliado del hombre suministrándole frutos para su alimentación, maderas para su habitación y leña para la obtención de fuego. Sin floresta —ha dicho un etnólogo— la Tierra habría sido inhabitable para el hombre.

Impulsados por el instinto de emigración y el deseo de obtener tierras de mejor clima y mayores recursos naturales, estos primitivos habitantes de la Planicie Amazónica se expandieron hacia el Oeste hasta

alcanzar, en el transcurso de los siglos, los pequeños *planatos* [1] situados a 500, 600, 800 metros sobre el nivel del mar, en las faldas de la Cordillera Oriental de los Andes. Esta difusión pobladora de los indios amazónicos, según la tradición indígena, fue detenida sobre los Andes, en la meseta del Collao, por los Aymaras, muchos siglos antes de la aparición de los Apaches(nombre dado a los Quechuas por algunas naciones indígenas del río Marañón).

Comparando la Geografía Humana actual del Valle del Amazonas y los datos históricos recogidos en diversas fuentes, concluímos nosotros que, cuando los conquistadores españoles y portugueses llegaron a este Valle, la población autóctona estaba constituída por las siguientes naciones aborígenes cuya distribución es la siguiente:

a) La CARIBE, que se extendía por las Guayanas, Venezuela y un sector al Norte del río Amazonas.

b) La ARAWACA, que dominaba el Macizo Guayano y la zona Norte del río Amazonas hasta le desembocadura de este río.

c) La TUPI-GUARANÍ, que estaba ubicada entre el litoral Atlántico brasilero, Noreste, y el Chaco-paraguayo-brasilero.

d) La TAPUYA (compuesta de los indios Ges, Cariris, Guiaitacazaes, etc.) ubicada en el centro del Planato Brasilero con irradiaciones hacia la región Norte del Valle del Amazonas.

e) La TUCANO, dispersa en la cuenca del río Negro y afluentes.

f) La BETOBIA, en la región central del río Amazonas.

g) La PANO (confederación de las naciones Shipibo, Cunibo y Shetebo), dueña del río Ucayali.

h) La PANCHE (confederación de Huambiza, Hahuaruna y Achuales), esparcidas en la cuenca del río Marañón y afluentes.

i) La LAMA (Motilona), en el Valle del río Huallaga, con su centro de actividades en el pueblo Lamas.

j) La JEBERA (Zinhuila), ubicada en un triángulo formado por la confluencia del río Huallaga con el río Marañón.

k) La HIBITO, dominadora de las partes altas del río Huallaga.

l) La AMARU, enemiga de los Quechuas, ubicada en la región que hoy se denomina Madre de Dios.

Es difícil suponer, aunque sea aproximadamente, cuántos eran estos pobladores en el siglo XV. La época de la llegada de estos hombres al río Amazonas es intrigante. ¿Acaso no fueron estos indios los primeros *inmigrantes extranjeros?*

Nos inclinamos a creer que los estudios de Antropología Lingüística revelarán alguna vez la posición estratigráfica humana de los pri-

---

[1] *Planato:* meseta.

meros pobladores de las selvas amazónicas, donde las conclusiones de la Antropología Física Comparada son relativas en razón de las lagunas de la Prehistoria, de las mezclas de razas ocurridas, y del largo tiempo transcurrido.

Existen evidencias de que estos neo-aborígenes, en su evolución, llegaron a adquirir un desarrollo admirable en lo social, cultural y artístico. Basta analizar el arte materializado en los distintos tipos de cerámica producidos por los Arawaco, Caribe, Tupi, Omagua, Kokama, Pano, Lama, Hibito, Panche (Hahuaruna) y compararlos con los producidos por los Chimu, Mochikas, etc., de la costa marítima peruana. Los relatos de un religioso español del siglo XVII afirman que en el *Dominio de los Omaguas* sus miembros vestían tejidos de algodón y fabricaban utensilios domésticos de cerámica fina. El arqueólogo noruego Nordenskiold cree, en sus estudios de arqueología amazónica, que los Arawaco perfeccionaron el arte de la cerámica en el seno de la nación Omagua.

La selección de razas se efectuó a través de las luchas por la supervivencia en el transcurso de los siglos. Desde el punto de vista étnico, la función genética del indio amazónico ha sido de mucho valor en la formación del *mestizaje*, en la Amazonia. Ha transmitido a generaciones sucesivas sus excelentes defensas biológicas contra los factores adversos del medio geográfico. Tuvo su momento histórico de penetración y de conquista. Las conquistas originaron el cruzamiento del selvícola del llano con el indio andeano, con el hombre de los pequeños valles recostados en las faldas de la Cordillera Oriental de los Andes, originando la estructura *mestiza autóctona.* Siglos más tarde el indio llanero y el mestizo autóctono cruzaron su sangre con la de la raza blanca, negra y asiática, dando paso a los mestizajes que veremos más adelante.

El crecimiento vital de la primitiva población amazónica habría sido moderado en razón de las contínuas guerras de conquista, de ciertas costumbres nativas, de las emigraciones a los Andes, y de las migraciones internas en busca de tierras donde poder domesticar, cultivar con más facilidad plantas silvestres, para obtener un volumen mayor de elementos de subsistencia conforme iban desarrollándose los núcleos humanos. En el seno de la mayor parte de las naciones indígenas, uno de los elementos principales del crecimiento natural de la población, la natalidad, se ceñía estrictamente al fenómeno social de la "atracción de razas", para la conservación de la pureza de la estirpe: la unión del hombre y la mujer (el concubinato) necesitaba el visto bueno del Jefe de la nación a la que pertenecía la mujer elegida.

La Fase Colonial

La segunda fase, que ocupa todo el período del Coloniaje, desde el siglo XV hasta el siglo XIX, se distinguió por el despoblamiento del Valle del Amazonas. La penetración salvaje, inhumana, de los colonizadores europeos al interior amazónico convirtió a sus habitantes de ribereños en mediterráneos.

Se conjetura por algunos historiadores que los primeros hombres de raza blanca que pusieron pie, por obra de la casualidad, en el litoral amazónico, cerca de la desembocadura del río Amazonas fueron: los náufragos de Solís, arrojados por temporales encontrados en las costas del Atlántico; los marineros de Cabota; los desertores de Rodrigo de Acuña; los soldados de Gonzalo de Mendoza; los colonos de Salazar y Espinoza; los aventureros de Ortiz de Zárate; todos los cuales encontraron refugio y auxilio en las aldeas, caseríos y puertos que entonces existían en las cercanías de la boca del río Amazonas, sobre el litoral Atlántico.

Ha sido en el siglo XV que grupos de "hombres barbudos", los colonizadores españoles y portugueses, después de realizar preparatorias actividades exploratorias, principiaron a "fijarse" en las tierras del Valle del Amazonas; y valiéndose de pretextos mil tomaron poco a poco posesión de las aldeas, caseríos y pueblos de los aborígenes, para iniciar la *explotación de brazos*. El mundo vivía todavía la época en que la palabra *esclavo* era muy común en los pueblos. Las agrupaciones indígenas fueron transformadas en "dominios", "posesiones" y "patrimonios" extranjeros. El trabajo obligatorio fue impuesto *manu-militare*. Cada indio fue encadenado con un impuesto personal. Se establecieron castigos para los indios que no quisieran trabajar en los aluviones auríferos o en las minas de oro, plata, platino y piedras preciosas. La disciplina militar era rigurosa. Estaba prohibido hacer cultivos de plantas alimenticias en razón de que había que cumplir primeramente con las órdenes de los jefes blancos. La esclavitud quedó así tácitamente establecida en las selvas amazónicas.

En el nuevo habitat, en el nuevo medio ambiente, extraño y maravilloso a la vez, la constitución psíquica de los invasores sufrió, como es natural, las influencias del suelo boscoso, del clima caluroso, y de los otros factores meteoro-geográficos. Son conocidas hoy día las alteraciones favorables o desfavorables que el estado meteorológico de una región opera sobre el psiquismo del hombre, sobre el complicado sistema endócrino, en la formación de poblaciones nuevas con elementos extranjeros a la región considerada.

De otro lado, las actividades de los organismos colonizadores, de

las llamadas *Capitanías Militares*, principiaron a sentir el reflejo de sus errores y fracasos. El trabajo y la desnutrición obligatorios hacían ya sentir sus efectos. Los indios agobiados por las enfermedades importadas y autóctonas morían por millares. Debido a la escasez de mujeres entre los colonizadores, éstos impusieron el concubinato forzoso de las mujeres aborígenes con individuos de raza blanca. La masa indígena (tupi-guaraní, arawaca, caribe, tapuya, omagua, kokama, machipora, pano, jebera, lama, hibita, etc.) tuvo que aceptar de grado o por fuerza el concubinato, las costumbres, la lengua y la religión nuevas, en el transcurso de los años. De la imposición y exigencias del conquistador surgió el fenómeno social de los cruzamientos y estratificaciones biológicas que dieron origen a las primeras poblaciones compuestas de mestizos, criollos, indios y blancos, en la Amazonia.

El mal trato que recibían los indios no minó la moral de éstos sino que, al contrario, incubó en ellos la rebelión. Antes que doblegarse, poblaciones íntegras de indígenas se disgregaban y sus miembros se fugaron a lugares mediterráneos en la selva. La sangre de los antepasados se rebeló y de ella brotó incontenible el odio aborigen. Y en el curso de los siglos XV al XVII, el indio amazónico, poniendo de manifiesto los pensamientos y sentimientos de su mundo interior, entabló en plena selva una lucha sin cuartel con el hombre blanco, por la conquista de su libertad, en los campos auríferos de los ríos Xingú, Macapá, Tapajoz, Madeira, Parú, Jary, Jamundá, Izá, Napo, Negro, Marañón, Huallaga, Ucayali, Pachitea, Urubamba.

El Valle del Amazonas se convirtió en un gigantesco campo de rebeliones y de ataques sorpresivos que usaban la táctica de los antiguos hititas. Las Capitanías Militares tuvieron que redoblar sus fuerzas. Las luchas sangrientas entre indígenas, españoles y portugueses se sucedieron con ritmo sorprendente, con método, sin descanso, desde el siglo XV hasta el siglo XVII. Los *Panches* (Jahuarunas) se batían con tropas españolas en las estribaciones de la Cordillera Oriental de los Andes, en el Valle del río Marañón; los *Pano* (Kunibos, Shipibos y Shetebos) arrojaban con tenacidad a los colonizadores y evangelizadores españoles de los valles del Ucayali y Huallaga; los Mandurucús, Camaraquinas, Maués, Cubebas, Macapás, Murás, Parintintins, Uaboyas, Tucanos, Tupinambarana, Paravianos, Uapes, Uapaxinas, Camuta, sostenían choques sangrientos con los colonizadores portugueses a lo largo del río Amazonas, desde su desembocadura hasta la desembocadura del río Negro; y los imbatibles Shingas (Campas) producían, con sus ataques relámpago, el éxodo en masa de los explotadores españoles radicados en los ríos Tambo, Perené, Chamchamayo y Pachi-

tea. Por vez primera las sedes de las Capitanías Militares españolas anduvieron errantes en las selvas amazónicas por razones de seguridad.

Sangre amerindia fue vertida en los distintos Dominios indígenas para limpiar su territorio (su *Junda-gea)* de hombres blancos. Y por primera vez asomaron, en la Historia de América, las figuras heroicas de tres grandes caciques amazónicos: Quiruba, el Cacique del Ampama, quien a mediados del siglo XV, destrozó a los colonizadores españoles en sus posesiones mineras de los ríos Marañón, Santiago, Cenepa, Chinchipe, Nieva y Apaga; Rungato, el Cacique del Kuninga, quien arrojó, en el siglo XVI, a los hombres barbudos fuera de los límites de los valles de los ríos Ucayali y Huallaga; y Juan Santos Atahualpa, el Cacique del Unine, el indio campa educado en España, que, en el siglo XVII, sublevó a la nación Shinga (Campa) contra los explotadores españoles de los valles regados por los ríos Tambo, Pachitea, Perené Chamchamayo y Apurimac. La audacia y el valor de los colonizadores resultó débil frente al espíritu guerrero y combativo del aborigen amazónico.

Los manguarés y los dundulis no cesaron de funcionar en la selva. El choque de dos razas distintas, de dos espiritualidades distintas, que duró cerca de dos siglos, disminuyó la densidad de la población aborigen. Dos siglos de resistencia inquebrantable. Dos siglos de despoblamiento paulatino. Millares de indios Arawaco, Tupí, Caribe, Tapuya, Gê, Tukano, Cubeba, Baniuas, Machiporas, Parintintins, Uaboi, Maués, Omaguas, Kokamas, Yameo, Pano, Shinga, Amaru, Panatahua, Hibito, Lama, Panche, etc., desaparecieron para salvar a su raza. La resistencia aborigen puso al descubierto la fuerza escondida de la unidad biológica de la raza indígena. España y Portugal quedaron atónitas ante el valor de una raza que se descubrió tal como era ella; y las naciones conquistadoras, a pesar de poseer mejores elementos de defensa, se vieron obligadas a capitular.

Las tierras conquistadas quedaron poco a poco en el aislamiento; pero los conquistadores portugueses al sentirse solos en la vastedad de la planicie amazónica y para retener el terreno ganado importaron, en el siglo XVII, decenas de millares de esclavos negros del Continente Africano, brazos que les permitieron continuar explotando oro, plata, platino, y piedras preciosas. La importación de esclavos abrió las puertas para los primeros cruzamientos de raza india (Tupi) con sangre africana y de raza negra con raza blanca en el Valle del Amazonas, originando la formación de tres mezclas más: la *zamba*, la *mulata* y la *cabocla*.

Las Capitanías Militares demostraron, pues, las deficiencias de su

organización al provocar el decrecimiento de la población amerindia. El paisaje humano del Valle del Amazonas quedó reducido, en el siglo XVII, a una simple red de ríos desolados, con aldeas y pueblos abandonados.

Sin embargo, fue en este período del Coloniaje que algunos pueblos de la Amazonia, constituídos de mestizos y blancos, obtuvieron rudimentarias instituciones civiles de carácter político y administrativo.

La Fase Republicana

La tercera fase, iniciada en el siglo XIX, a la caída del sistema colonial europeo, se caracterizó por el reajustamiento humano, marcado por el aumento de la densidad demográfica del valle del Amazonas.

Al consolidarse la independencia política del Perú y del Brasil, una nueva vida despertó el silencio de las apacibles florestas. Sacudiéndose del letargo en que les había sumido el arte maquiavélico de la organización colonial, los mestizos peruanos, descendiendo de las aldeas y pueblos situados en las faldas de la Cordillera Oriental de los Andes, irrumpieron optimistas en las cuencas de los ríos Ucayali, Huallaga, Marañón, Santiago, Morona, Pastaza, Tigre, Amazonas, Yavari, Napo, Putumayo, Purus y Yurua; y los mestizos brasileños, partiendo del litoral Atlántico y de la desembocadura del río Amazonas, se desplegaron en las tierras bañadas por los ríos Xingú, Andira, Tapajoz, Madeira, Negro, Yapurá, Purús y Yuruá. Peruanos y brasileños se dieron el primer abrazo fraternal, a mediados del siglo XIX, en la planicie amazónica, bajo el cielo amazónico.

La política republicana de los países sudamericanos había terminado con el arcaico sistema colonial del monopolio comercial y abierto las puertas al comercio internacional. Los mutuos intereses humanos generaron la asociación, el acercamiento entre el mestizo y el aborigen, haciendo desaparecer, el brazo esclavizado al trabajo, en la Amazonia. Al ciclo económico de los minerales (oro, plata, platino, piedras preciosas) sucedió la economía de la cultura del tabaco, café, caña de azúcar, del tejido de sombreros de bombonaje y la industria de la pesquería, que "fijaron" gradualmente a las migraciones internas en lugares propicios para su desarrollo y crecimiento. De esta manera los grupos humanos tendían a concentrarse alrededor de algunas plantas comerciales y principió a asomar una relativa prosperidad para todos.

Pero, un árbol sudamericano, un descubrimiento científico, cambió inesperadamente la faz económico-social del Valle del Amazonas y vale decir del mundo entero a mediados del siglo XIX. La Ciencia Química afirmaba, previos estudios, que el latex de la *Hevea Amazónica*

(el árbol de la goma elástica) era útil y necesario para el progreso mayor de la civilización moderna; y este descubrimiento creó una importante industria de transformación en dos continentes, y una vigorosa industria extractiva y al *colonizador mestizo* en el Valle del Amazonas.

La industria extractiva de la goma elástica atrajo la inmigración espontánea (no dirigida) de masas humanas procedentes de los excedentes demográficos de distintos países de Europa, África y Asia, originando un verdadero *Rubber-Rush.* Los inmigrantes extranjeros, demostrando magnífica resistencia a las variaciones de las eventualidades, se adaptaron fácilmente al medio ambiente amazónico.

La obra del futuro fue comenzada. Los colonizadores mestizos (bautizados impropiamente con el nombre de "caucheros"), conquistando la confianza de los aborígenes, iniciaron el repoblamiento de los pueblos indígenas largo tiempo abandonados, y sembraron almácigos de hombres en los laberintos de la selva, movilizándoles de una cuenca a otra de los ríos por vía terrestre o fluvial. Para ellos no existió la extensión geográfica, los obstáculos topográficos ni las enfermedades. Recorrieron las antiguas trochas indias; construyeron varaderos atravesando líneas divisorias de aguas; transportaron, sobre hombro humano, lanchas, canoas, víveres; improvisaron campamentos; levantaron aldeas, caseríos, puertos *ad-hoc,* sin dar un paso atrás; asumieron la responsabilidad moral y financiera de las expediciones en la selva; e iniciaron la *castellanización* (el uso de la lengua castellana) en el seno de los amerindios, clavando así los primeros y verdaderos hitos de la civilización moderna en la planicie amazónica.

De esta manera los colonizadores peruanos y brasileños resultaron ser los primeros sociólogos que pusieron en práctica, en América, las bondades de la colonización interna (traslado de hombres de una región económicamente pobre a otra región de mejores recursos económicos). El carácter de las actividades transformaron a estos hombres en geógrafos, botánicos, ingenieros y financistas. Usaron el sol como brújula. Tiraron puentes sobre pantanos, ríos y quebradas. Las selvas amazónicas parecían alegrarse al paso de los neo-colonizadores que aceptaban estoicamente toda clase de privaciones. Y las Heveas sangraban al golpe del *machadinho,* y las *Castlloas,* heridas por el hacha, caían al suelo; y todas ellas cedían su elastógeno para un progreso más acelerado de la Humanidad.

Esta vez los contactos entre las agrupaciones aborígenes y los núcleos neo-colonizadores disiparon desconfianzas y acentuaron el mutuo conocimiento. Los cruzamientos entre el indio, el mestizo y el blanco se realizaron en forma espontánea. Consideramos nosotros que la ma-

yor contribución étnica ha partido de las naciones Arawaco, Tupi, Caribe, Tupaya (a través de las sub-familias) y de las naciones cuya procedencia se desconoce aún tales como los Omagua, Kokama, Kokamilla, Machipora, Zihuila (Jebera), Lama (Motilona), Yamea, Gae, Urarino, Andoa, Chamicuro e Hibito (Cholones) que han sido casi totalmente absorbidos por el *mestizaje cosmopolita* en el curso de estos últimos cien años. Estas diluciones cromozomáticas, como es natural, no se han efectuado en forma simultánea en todos los grupos humanos primitivos.

Frente al determinismo geográfico de la selva, el hombre, en su lucha con el bosque, tenía que solucionar la gran tarea de movilizarse diariamente dentro del archipiélago que forma el río Amazonas y sus afluentes. El alto valor económico y social de la industria de transportes, del tráfico de carga y pasajeros, principió a dejarse sentir en 1860 cuando buques a vapor, después de atravesar el Atlántico, hicieron su aparición en las aguas del río Amazonas. Perú y Brasil se enlazaron comercialmente. Bajo convenios especiales, vapores de las banderas peruana y brasileña principiaron a recorrer los ríos amazónicos. Balsas, canoas y batelones pasaron a ser cosas primitivas. Las ideas, los descubrimientos y los conocimientos circularon más rápidamente. El canje de culturas quedó establecido por el contacto más frecuente entre la región Oriental de Sud-América y la región Occidental de Europa. Aguijoneados por la curiosidad hombres de ciencia europeos incursionaron en el Valle del Amazonas. Y rápidamente cambió la faz económica de las tierras de Goitacá, Ipiane, Quiruba, Rungato y Juan Santos Atahualpa.

En el primer tercio del siglo XX, el nacimiento de nuevas industrias tropicales y la escasez de brazos disciplinados en los distritos rurales obligaron al gobierno brasileño a situar en el Bajo Amazonas, río Andirá, una inmigración japonesa. Esta agrupación asiática; que se había dedicado a la cultura del yute, arroz, guaraná y pimienta, fue dispersada por ciertas contingencias políticas, pero ha dejado tras de sí las simientes del cuarto mestizaje.

La marcha evolutiva de las masas humanas amazónicas estuvo, pues, subordinada a las circunstancias que actuaron en este sentido y a los elementos extraños que intervinieron en la formación étnica; y como evidencia incontrastable de lo que puede el tesón y el esfuerzo humanos, hoy, en la planicie amazónica, en el trasfondo de un paisaje que atrae, se desarrollan y crecen pueblos, ciudades y puertos fundados por los mestizos peruanos y brasileños en el siglo pasado. Cada aldea, cada pueblo, cada ciudad, cada puerto, es un crisol humano *(melting-*

pot) donde van amalgamándose democráticamente los diferentes tipos raciales para dar al mundo una nueva *admixture* (entremezcla) de inteligencias, sentimientos y aspiraciones. Cien años de actividades mestizas no sólo han cambiado la fisonomía del Valle del Amazonas sino que hasta han impuesto los idiomas castellano y portugués en la mayoría de las naciones y sub-naciones nativas que forman el mundo indígena.

Tales son a grandes rasgos las vertientes habidas, la evolución ocurrida, en las pequeñas poblaciones nativas que han llegado a estructurar la *gran población amazónica* (entremezcla de las razas cobriza, blanca, negra y amarilla) desde la época prehistórica hasta el presente siglo. Cada generación ha dejado a su paso por las selvas amazónicas su obra de organización social y de progreso en armonía con la época vivida y ha hecho también que las tierras amazónicas sean menos desafiantes y más benignas para todos los hombres.

El árbol de la Hevea Amazónica ha desempeñado, pues, a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, un rol importante en el movimiento demográfico del Valle del Amazonas, y ha sido un acelerante maravilloso en el proceso de mezcla de los diversos grupos étnicos.

En esta tercera fase se implantó la idea de los latifundios, de la adquisición de tierras en propiedad por particulares; y se crearon en las ciudades amazónicas de mayor importancia, organismos judiciales, administrativos, sociales, militares e instituciones educativas, científicas y culturales que han venido evolucionando con el tiempo.

La situación cultural de la *masa indígena* de la planicie Amazónica es la de un mundo dividido por la civilización moderna. Se sabe que en todos los Continentes los aborígenes han demostrado siempre cualidades variables de asimilación. Del contacto permanente entre los elementos nativo y extraño, es decir, entre el hombre aborigen y los mestizos peruanos y brasileños, más los elementos de nacionalidad extranjera, surgió como es natural la *aculturación* de un porcentaje apreciable de aborígenes. Según nuestras observaciones, un número grande de sub-naciones pertenecientes a las naciones Arawaca, Caribe, Tupí, Tapuya, Omagua, Machipora, Kokamilla, Zihuila (Jebera), Lama (Motilona), Gae, Andoa, Hibita (Cholon-Cholon), Chamikuru, Urarina, Yamea, fue el primero en aceptar la aculturación desde los comienzos del siglo XIX. La mayor parte de estas sub-naciones se han diluído en el mestizo amazónico y los nombres de algunas de ellas se aplican erróneamente a sus descendientes que en la actualidad son magníficos obreros y agricultores y buenos soldados.

Hasta el presente siglo han adquirido solamente *aculturación par-*

cial las naciones Tucano, Baniua, Cubeua, Siuci, Tariano, Curutana, Hohodeni, Iiboya, Piratapuio, Miriti, etc. (en territorio brasileño) y las naciones Pano, Panche, Shinga (Campa), Witoto, Ocaina, Bora, Añahuaje, Coto (Orejones), Záparos, Ticuna, Marubo, Shimakúa, Capanahua, Cashinahua, Piro, etc. (en territorio peruano). Este ligero enlace social ha hecho que estos nativos, que un tiempo fueron nómadas, se encuentren hoy instalados en caseríos y pueblos situados a la vera de los ríos, cooperando en la economía amazónica y adquiriendo inteligentemente determinadas necesidades y costumbres del hombre civilizado. Algunas de estas naciones, por temor a perder totalmente su estirpe, mantienen todavía la vieja costumbre de no permitir el matrimonio (la unión) de sus mujeres con individuos de otras razas o con mestizos.

De las naciones *no-aculturadas*, es decir, de aquellas que aún conservan sus costumbres primitivas y evaden el aprendizaje de los idiomas castellano o portugués, solo mencionaremos las siguientes: Los Macús, Uananas, Parintintins, Carapanás, Deçanas, Tujucas, Barás, Mapuás, Guajarás, Paucacas, Marahuanás, Caiás, Araris, Anajás, Múanás, etc., (en territorio brasileño); y los Yahuas, Taknas (Mayos), Secoyas, Piojés, Aoshiris, Yaminahuas, Remos, Amahuacas, Machiguengas, Amoeshas, Mashkos, Amarukairis, Guaykurus, Shapras, Muratos, etc. (en territorio peruano). Los miembros de estos clanes viven sus propios valores culturales. Son los reyes de la Naturaleza. Su Jefe Supremo es el Sol *(Bari)*, el creador de todas las cosas sobre la Tierra, según ellos. Sus niveles de vida varían en función de la naturaleza del vestuario y de las costumbres de su alimentación. Su conducta psicológica, su vida espiritual, está regida por el brujo-curandero *(Wishín)* que practica una especie de medicina psico-somática. Algunos clanes utilizan la música como auxiliar de la Medicina, basándose en que las vibraciones de los sonidos musicales alejan el dolor y los espíritus malos del cuerpo del enfermo. Sus tradiciones y conocimientos son transmitidos por los ancianos del Clan a las generaciones que deben sucederlas. El avance eugenésico en este bando es todavía muy débil.

Un análisis de la población global arroja hoy tres estructuras: una población urbana cosmopolita con ritmo y standard de vida propios; una población rural también cosmopolita con caracteres, costumbres y patrón de vida propios; y una población indígena no-gobernada (de las llamadas "tribus") distribuída en pequeños pueblos ribereños y mediterráneos. Cada uno de estos planos humanos es un factor de trabajo. La población urbana refleja todas las modificaciones étnicas y sociales de su composición, siendo una de sus características más no-

tables la inter-influencia de los grupos humanos nativos y los grupos humanos extranjeros.

La población del Valle del Amazonas, es una gigantesca colectividad en movimiento perpetuo. Su densidad demográfica actual se debe principalmente al crecimiento vegetativo natural (exceso del número de nacimientos sobre el número de defunciones). Esta densidad es débil con relación a la extensa área del Valle del Amazonas (6,500,000 kilómetros cuadrados); sin embargo, la densidad alcanzada, a pesar de las perturbaciones socio-económicas ocurridas, es un hecho portentoso cuando se considera que el poblamiento del Valle del Nilo y de otras regiones del globo ha sido el fruto de gigantescas obras de saneamiento, profilaxia, asistencia social e inversiones de grandes capitales.

La mayor densidad demográfica se encuentra a lo largo de los ríos Amazonas, Tapajoz, Madeira, Purús, Negro, Napo, Ucayali, Marañón y Huallaga. Los afluentes de estos ríos presentan una población intersticial en razón de la baja densidad demográfica existente aún en estos lugares.

Comparando los índices de mortalidad general de las ciudades peruanas con los de las ciudades brasileñas encontramos que el índice-promedio de mortalidad es de 22 por cada 1,000 habitantes. Si las poblaciones del mundo están sujetas a los ataques de las enfermedades propias de cada región, lógico es que de la aplicación de esta ley biológica no se escapan los grupos humanos de la Amazonia. La gastada idea de que el mosquito anofelino es uno de los más grandes poderes que se opone a la "fijación" del hombre en determinadas zonas de nuestro planeta es un prejuicio que ya no debe existir. Sábese, por ejemplo, que el paludismo, la lepra, el pian, ingresaron al Valle del Amazonas junto con los colonos africanos en el siglo XVII. Sin embargo, el crecimiento demográfico de África, Europa y América continúa su marcha ascendente año por año, siglo por siglo. Las conquistas de la Medicina Tropical son, en la actualidad, superiores a la táctica que los minúsculos insectos emplean en su guerra contra el ser humano.

La mortalidad infantil es más elevada en las clases pobres, analfabetas, que en las clases acomodadas. De cada 1,000 niños de 1 día a 2 años de edad mueren 224.25 a causa de la escasa asistencia social que reciben y a la falta de conocimientos higiénicos por parte de las madres. Este índice de mortalidad infantil puede ser disminuído por medio de la asistencia médica al niño antes que nazca, es decir, prestando atención médica a la mujer grávida. Esta medida de profilaxia biológica entregará al mundo seres humanos con derecho a vivir sanos y sin taras físicas y elevará el índice de natalidad al disminuir el nú-

mero de abortos prematuros y de mortinatos. En la Amazonia la fuerte natalidad anula, hasta cierto punto, los efectos desastrosos que produce un índice elevado de mortalidad infantil en una población cualquiera.

Estimamos nosotros que el crecimiento vegetativo de la población urbano-rural del Valle del Amazonas es de 2 % anual. La masa de diez millones de habitantes ha sido alcanzada en cuatro siglos (exceptuando el período amazónico) dentro de una seguridad económico-sanitaria relativa, salpicada de episodios dramáticos.

Las determinantes actuales del movimiento demográfico son las industrias extractivas que sostienen a millones de familias y mantienen el contacto de la Hoya Amazónica con los países extranjeros además de crear la riqueza privada y pública peruana y brasileña.

En la primera mitad del presente siglo, en el año 1936, el petróleo amazónico ha hecho su aparición como una fuente más de riqueza y un dirigente futuro del movimiento demográfico. Desde 1936 una empresa norteamericana viene explotando petróleo en las cuencas del río Ucayali, en las orillas del río Pachitea; y en 1954 once empresas norteamericanas y tres empresas peruanas han solicitado al Gobierno Peruano concesiones de terrenos para explorar y explotar petróleo en las cuencas de los ríos Amazonas, Ucayali, Huallaga y Marañón, dentro de territorio peruano.

Mirado desde el ángulo geopolítico, el Valle del Amazonas encierra la mayor parte de las materias primas del mundo en el orden vegetal y mineral. Los hombres que desbrozaron sus selvas merecen la admiración del Continente Nuevo. La lucha entre el hombre y la tierra ha sido titánica. En su poblamiento ha primado el factor geográfico sobre el factor económico, pero ambos se han complementado. Consecuentemente, el poblamiento de este valle es un probelma de carácter económico, y viceversa, su problema económico es un problema de poblamiento. Por la vastedad de su extensión geográfica y de sus recursos naturales aún poco explotados, la Amazonia necesita, desde luego, del auxilio de la inmigración (espontánea o dirigida) y de la *colonización interior* o auto-colonización para alcanzar un mayor crecimiento de su población. La política demográfica a seguirse debe estar orientada hacia una dirección económica que esté acorde con la riqueza en potencia de su medio geográfico.

Ambos problemas, el del poblamiento y el económico, podrían solucionarse, en nuestra opinión, multiplicando el número de oportunidades de trabajo, objetivo que puede ser alcanzado mediante la expansión de las pequeñas industrias que ya existen: de aserrar maderas, de extraer aceites vegetales edibles y aceites esenciales volátiles, de preparar

sacos de yute, de fabricar artículos de *jebe*, de curtir cueros de saurios y de animales salvajes, del transporte de carga y pasajeros (fluvial, terrestre y aéreo); impulsando la piscicultura y la cría de ganado vacuno y porcino; protegiendo la cultura y producción de cacao, tabaco, café, caña de azúcar, algodón, cube, frijoles, arroz, maíz y otros granos alimenticios que son los "sostenedores" del desarrollo de los pueblos, ciudades y puertos de la Amazonia; y organizando grandes industrias de transformación (papel, rayón, derivados de petróleo, llantas de goma elástica, etc.) De esta manera el Valle del Amazonas se convertiría en un gigantesco centro de trabajo para el exceso demográfico de los países europeos. No olvidemos que la grandeza conquistada por Estados Unidos de Norteamérica y el milagro del crecimiento prodigioso de su población se debe a las oportunidades de trabajo que, en el pasado este país ofreció a los hombres del mundo entero. Analicemos el hecho de que la población mundial crece a un paso acelerado de 40 millones de habitantes por año. Es necesario que el Valle del Amazonas desempeñe la función social que está llamado a ocupar en la economía del mundo.

Los problemas del Valle del Amazonas son, pues, problemas de la Humanidad. Su solución reposa en la economía internacional. La obra es ciclópea, pero no imposible. Humboldt ha profetizado que tarde o temprano en el Valle del Amazonas se ha de concentrar la civilización del mundo.



ALGUNOS ASPECTOS DE LA VIDA DE LOS INDIOS "CATÍO"

Por Rosa Scolnik
(Argentina)

Summary

This paper presents some problems and aspects of the life of the "Catío" Indians of the Choco Departmen, in Colombia. After a brief description of their habitat, the author, who personally visited them, refers to the constructions in which they live, a sort of palafittes or pile dwellings, built by the "Catíos" along the tributaries of the Atrato River. The "Catíos" depend substantially on agriculture, hunting and fishing, so that their customary diet is comparatively well balanced.

Even if they have their dwellings along the river banks and creeks, malaria or intestinal parasites seldom occur. Contagious sicknesses that appear among them periodically, such as the measles and grippe account for their high rate of mortality. Medicine and the treatment of the sick is in most cases in the hands of witch doctors. Contact with surrounding communities leads to some progress in this sense, but it is also opening the door to alcoholism and many other vices.

It is therefore advisable some action on the part of the Government to stop these dangers and to direct scientifically the process of acculturation.

Los escasos indígenas que pueblan actualmente el Chocó (Departamento que ocupa el ángulo noroeste de Colombia) descienden de la gran raza caribe. Penetraron en este territorio por las bocas del Atrato y se extendieron hacia el sur, formando varias agrupaciones de las cuales quedan, actualmente, escasos restos que, poco a poco, se fueron retirando hacia las cabeceras de los ríos, desalojados por la civilización que avanzaba.

Una de las tribus de los "catío" visitadas, motivo de este trabajo, reside en las cabeceras de los ríos Capá, Huanchiradó y otros riachuelos, tributarios del alto Atrato y a pesar de que vive apartada de la población restante, compuesta de negros y mulatos casi en su totalidad, mantiene con ella periódicas relaciones comerciales y culturales. Los miembros de esta tribu llevan nombres cristianos y apellidos, tienen documentos de identidad y gozan de todos los derechos de la ciudadanía, incluso el del voto, siempre que sepan firmar.

En el Corregimiento de Villa Claret, situado en las bocas del Mumbaradó, a una jornada de la residencia de los "cholos" (así llaman a los indios en Colombia), hay una escuela indígena, a la cual concurren algunos indiecitos. Éstos se alojan en la misma escuela y se preparan sus propias comidas.

Clima y aspecto físico del territorio

En el Chocó las lluvias son casi diarias y torrenciales, oscilando entre 6000 a 8500 mm. al año, siendo su temperatura media de 26° a 28°, refrescando mucho por la noche.

Esta región es, en su mayor parte, montañosa y está cubierta de una selva más o menos enmarañada; las tierras bajas, donde viven los civilizados, son anegadizas e insalubres, no así las cabeceras de los pequeños ríos habitadas por los indios "catío". Tres grandes ríos —el San Juan, Atrato y Baudó— así como innumerables afluentes cruzan su territorio, constituyendo excelentes vías de comunicación.

Viviendas y utensilios

Las viviendas de los "catío" se encuentran diseminadas a lo largo de los ríos; son palafitos, es decir que están construídos sobre plataformas sostenidas por altas estacas, de más o menos 2 metros de altura sobre el nivel del suelo. Se sube a estas chozas por una escalera de madera de fabricación muy primitiva, consistente en un tronco de árbol desbastado, en el cual se labran escalones; alrededor de la plataforma, excepto del lado donde apoya la escalera, hay un cerco bajo, hecho con troncos de palmera batida, a guisa de paredes. Estas viviendas son circulares en su mayoría, muy pocas son cuadradas, con un diámetro que varía de 3 a 4 metros, según el número de miembros de la familia y techadas con hojas de palma terminando, generalmente, en punta.

En el interior, sobre el nivel del piso se levanta una barbacoa donde colocan los diversos utensilios de cocina, restos de alimentos y grandes cestos de palma donde almacenan el maíz cosechado; el fogón está en el suelo, a un lado de la choza. Es un rectángulo de más o menos 1.30 m. por 0.80 m., encuadrado por troncos y rellenado con tierra en donde arden, permanentemente, gruesos leños y cuelgan huesos y calaveras de animales del monte.

En el interior de las viviendas se suelen hacer divisiones temporarias con motivo de ceremonias mágico-religiosas. En la choza del hechicero o curandero estas divisiones son permanentes, formando dos departamentos separados, por medio de tablas, del resto de la vivienda a donde se retira a dormir con su familia; los huéspedes duermen en el resto de la vivienda. Duermen en el suelo, sobre esteras hechas con el líber del "*damagua*" (un árbol de la familia de las bombacáceas) u otros árboles *(Ficus)*, con sus cabezas apoyadas en banquitos de madera bajos, que sirven de asientos durante el día; se tapan con sábanas de algodón que compran en los pueblos vecinos y los más pudientes tienen mosquiteros. Por la noche se alumbran con

antorchas de cera envueltas en hojas de bijao *(Heliconia sp.)*, que arden muy bien y dan una luz excelente.

Los indios "catío" poseen ollas, cacerolas, jarros, tazas y platos de aluminio y de hierro enlozado, como también cubiertos de metal, pero aún emplean totumas (fruto de *Crescencia cujete L.)* a modo de platos, tazas y fuentes y cascos de este mismo fruto a guisa de cucharas. Estas calabazas o totumas están a veces decoradas con dibujos geométricos o zoomorfos.

Sus instrumentos musicales están muy pobremente representados: flautas de carrizo, llamadas "chirú"; tambores hechos de tronco de árbol ahuecado y con las bases cubiertas de piel de "sajino" *(pecarí)* y el "canchirú" que es un enorme caracol de sonido fuerte como trompeta.

Caza, pesca y agricultura

Ya no usan arcos y flechas, pues todos poseen escopetas y machetes que compran a los comerciantes; se ven algunas bodoqueras o cerbatanas que guardan como piezas de museo, por decirlo así, complaciéndose en mostrarlas a los visitantes.

Pescan con atarraya y con "guacuco" (especie de arpón de cabo largo), que arrojan con destreza; a veces usan trampas para pescar, que colocan en las quebradas. Cazan tigrillos, iguanas, armadillos, monos y algunas especies de pájaros; son muy afectos a la carne de los cuyes, agutíes y cerdos salvajes (pecaríes) y, por el contrario, no gustan de la carne de cerdo y aves domésticas, aún cuando los crían, como tampoco de los huevos, así que venden el excedente de sus crías a los pobladores vecinos. Con el fin de proteger a las gallinas de los animales del monte, las guardan por la noche en gallineros individuales construídos en alto.

Los "catío" se limitan a cultivar la tierra para su exclusiva subsistencia y si algo les sobra, lo venden o lo canjean. Cultivan maíz, mandioca, caña de azúcar, batata, pimientos picantes *(Capsicum)*, rascadera *(Colocasia sp.)*, ñame *(Dioscorea sp.)*, piña o ananá, bananos, papaya *(Carica papaya L.)*, mangos *(Mangifera indica L.)*, cacao, aguacate *(Persea gratissima Gaertn.)*, caimito *(Chrysophyllum caimito L.)*, árbol del pan *(Artocarpus sp.)* y, a veces, naranjos, limas y limones. Cultivan frutos silvestres como el almirajó *(Matisia sp)*, bacao *(Theobroma bicolor H. et B.)*, guamo machete *(Inga densiflora Benth.)*, chontaduro *(Guilielma sp.)*, bareda *(Passiflora)*, achiote *(Bixa orellana L.)*, palma milpesos *(Attalea amygdalina H.B.K.)*, churima (de fruto comestible), etc. Entre otras plantas no comestibles

cultivan el algodón, la flor de Mayo (una *Rubiácea* de flores amarillas), algondoncillo *(Thespesia populnea Soland)*, etc.

Régimen alimenticio

Estos indios, en general, se alimentan mejor que los civilizados, aunque en ciertas épocas sufren de carencias alimenticias. Comen maíz, arroz (que compran en la aldea vecina), mandioca, plátanos, bananas, tubérculos, cocidos separadamente o juntos. A veces agregan pescado, o carne de caza, o de animales domésticos y condimentan con sal, achiote *(Bixa)* y pimientos picantes *(Capsicum)*.

Según la época, consumen también batata, ñame, rascadera y algunos frutos de palmera; con el maíz preparan mazamorra, la que obtienen moliendo el grano en el metate (conana), aventando la cáscara y cirniendo la harina con la "susunga" (una totuma con agujeritos que hace las veces de colador); a esto le agregan agua y una lejía que obtienen de las cenizas de la cáscara del plátano verde secada y quemada en la brasa y una vez cocido, se lo comen sin condimentar. Con los plátanos verdes hacen también tamales, rallándolos con un rallador obtenido del tronco espinoso de una Bombacácea, envolviendo la pasta resultante sin ningún condimento en hojas tiernas de bijao *(Heliconia)*, asándola luego en las brasas.

Como bebidas toman chicha de maíz, que preparan de la siguiente manera: cuecen el grano en agua durante varias horas, lo muelen en el metate y lo cuelan con la ya mencionada "susunga", volviendo a cocerlo al día siguiente hasta que queda un líquido espeso de sabor entre amargo y ácido, debido a la fermentación. También beben jugo de caña de azúcar, que muelen en trapiches muy primitivos y dejan fermentar para hacer guarapo, con el cual se emborrachan hombres y mujeres durante las ceremonias o fiestas; este lamentable vicio lo adquirieron de los civilizados y, desgraciadamente, contribuye a degenerar una raza otrora fuerte y sana.

Vestidos y adornos

Influídos por la civilización, hacen sus vestidos empleando telas multicolores que compran en los poblados vecinos; los hombres usan un taparrabo llamado "pampanilla", sostenido generalmente con un cordón, donde van ensartadas cuentas de vidrio de colores. Las mujeres llevan "paruma", un trozo de tela enrollada a la cintura a guisa de falda que les cubre hasta las rodillas, dejándose el busto al descubierto. Habitualmente no usan adornos en la cabeza, pero ambos sexos usan collares de dientes, de semillas, o de chaquiras, adquiriendo estos

últimos en los pueblos vecinos o en la costa; en las perforaciones de los lóbulos de las orejas se colocan tapones de madera, de los cuales cuelgan largos pendientes de filigrana de plata.

Como protección contra las picaduras de los insectos se pintan el cuerpo de negro con "jagua" *(Genipa americana L.)*, colorante indeleble que refuerzan con la mezcla de "jerupichica" o "chocó". A veces se pintan uniformemente casi todo el cuerpo y otras sólo dibujos geométricos, o líneas cuadriculadas con puntos rojos en su interior, color que obtienen del "achiote" *(Bixa orellana L.)*; suelen pintarse también la cara con líneas paralelas rectas o curvas, negras con puntos rojos entre ellas.

Medios de locomoción y transporte

Los indios viajan en piraguas, embarcaciones largas, de 7 a 12 varas, y estrechas, que ellos mismos construyen de una sola pieza y ahuecan a fuego. El extremo que corresponde a la proa termina en plataforma, sobre la cual se coloca el boga que impulsa la canoa con una pértiga o vara; en ciertas ocasiones usan canaletes.

Los productos cosechados son transportados, desde las chacras a las casas, en grandes cestos hechos con hojas de palma, que cuelgan a la espalda, sostenidos en la cabeza por medio de una banda de fibra vegetal.

Hechicería y Salubridad

El hechicero no sólo dirige las ceremonias mágico-religiosas, sino que es, además, el curandero o médico de la tribu; en el concepto de los indígenas, los enfermos son poseídos por malos espíritus, que los hechiceros deben desalojar por medio de exorcismos que llevan a cabo dentro de una casita de madera, en forma de horno, cubierta de hojas de palmera, colocada en medio de la vivienda del curandero sobre 4 estacas de más o menos 1 metro de altura. Las sesiones de cura se verifican por la noche, ya sea una o varias seguidas, para conjurar a los espíritus malignos a abandonar el cuerpo del paciente por medio de cantos monótonos, libaciones de chicha, remedios de hierbas, troncos de ciertas plantas, trozos de bejuco y frutos, ya sean internamente en forma de tisanas, o en baños.

La salud de los "catío", en general, es buena, son de estatura baja, robustos y bien conformados. Como viven en las cabeceras de los ríos, donde las tierras son altas, no sufren de paludismo, a menos que lo hayan contraído durante una estadía en zonas infectadas; contrariamente a lo que sucede con los habitantes de las tierras bajas, estos

indígenas no padecen de parasitosis intestinales graves, pero debido a los frecuentes contactos con los civilizados, suelen estallar entre ellos periódicas epidemias de gripe o de sarampión que hacen grandes estragos, especialmente entre los niños. Tienen excelentes dentaduras y para conservarlas mascan una planta llamada "micay", que tiñe los dientes de negro.

Toda su vida se desarrolla en el interior de las viviendas y en las piraguas, ya que las lluvias diarias transforman el suelo en un lodazal; sus chozas las mantienen limpias y aseadas, tienen el piso de tablas y entre unas y otras quedan rendijas por donde orinan, escupen y arrojan restos de alimentos y basuras. En su persona también son aseados pero, a pesar de que se bañan con frecuencia, tienen chinches y piojos.

Conclusión

Estos indios son fuertes y sanos, se bastan a ellos mismos con su trabajo para llenar sus necesidades principales. Del contacto que tienen con la población circunvecina sólo adquieren vicios y enfermedades, como por ejemplo el alcoholismo que está bastante arraigado entre ellos; si el gobierno interviniera para frenar el avance de este hábito, se lograría que los "catío", por el lugar en que están localizados y su buena alimentación, llevaran una vida mejor, tanto en provecho propio, como de la colectividad nacional.



RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

PROGRAMAS DE SALUD EN LA SITUACIÓN INTERCULTURAL, por *Gonzalo Aguirre Beltrán*.—Ediciones Especiales del Instituto Indigenista Interamericano, México, 1955. 191 pp.

El Instituto Indigenista Interamericano, que tan valiosos servicios viene prestando a la rehabilitación de las comunidades indígenas existentes en tierra americana, acaba de publicar un volumen de mucha importancia. Se trata del trabajo: "*Programas de Salud en la Situación intercultural*". Es autor de este excelente libro, el Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán, que ha trabajado intensamente en contacto íntimo con tribus indígenas de diversas partes del país, y ha organizado servicios de educación, protección y sanidad en varias regiones de México.

Es un trabajo de grandísima importancia, porque va al fondo de la cuestión, desdeñando las superficialidades y discutiendo amplia y realísticamente las condiciones de la vida indígena en diversas tribus y colectividades y proponiendo programas, no utópicos, no relacionados únicamente con la teoría sanitaria y cultural derivada de las enseñanzas modernas, sino teniendo en cuenta los factores raciales, habituales, tradicionales, supersticiosos y psíquicos que intervienen en cada uno de los sectores indígenas. Es claro que hay, en este problema, factores generales que abarcan a todos los grupos nativos, indígenas, procedentes de la época precortesiana, antes quizá de que los grupos étnicos se dispersaran y diferenciaran en el curso de la prehistoria. Hay otros, sin embargo, de más tardía aparición, que fueron diversificándose con más velocidad aún, a fines de la prehistoria y en el período histórico, mostrando ya influencias exteriores introducidas por el elemento conquistador y por la evolución misma de la población en las diversas regiones del país.

El objeto, la mira de este trabajo o estudio, es precisamente, aprovechar todas las circunstancias favorables que pueden hallarse en las comunidades indígenas, para mejorar la salud o, mejor dicho, el estado sanitario de los grupos indígenas, algunos de los cuales están hasta aniquilándose y desapareciendo por la falta de estímulos sanitarios.

El programa, digámoslo así, del trabajo, me parece muy acertado. Comienza por ocuparse del saneamiento del medio. El hombre tiende naturalmente a establecerse en donde el medio ambiente le es más favorable. Y el medio ambiente para el hombre lo constituyen diversos factores: condiciones del suelo, abundancia o escasez de agua, fertilidad de la tierra; amplitud del espacio, accesibilidad, etc. y además, salubridad. Así nuestra prehistoria vió ejemplos de largas y penosas peregrinaciones de tribus indígenas que recorrieron el suelo hoy me-

xicano, en busca de terreno propicio a su establecimiento y progreso. Unas tribus se fijaron, emplearon su fuerza expansiva y progresaron, y otras se quedaron en el camino y se estancaron.

Quizás ninguna halló las condiciones ideales que otros pueblos, como los europeos y, posteriormente, los norteamericanos. De ahí la necesidad de trabajar sobre el terreno, principalmente para sanearlo y para hacerlo más productivo (obras sanitarias, reforma agraria).

Hay que luchar en ese sentido. Las condiciones de vida actuales de la población indígena son malas y muchas veces deplorables. Uno de los factores que es necesario estudiar y mejorar cuanto antes es el abastecimiento de agua, principalmente para darlo bastante amplio, limpio y puro, tanto para el consumo alimenticio, como para las necesidades higiénicas.

El segundo problema que el estudio del Dr. Aguirre Beltrán analiza y discute, es el de la alimentación, y en esta parte, tiene de particularmente interesante, que destruye muchos errores científicos que estuvieron de moda hasta hace poco tiempo, y hace una nueva valoración de la dieta seguida por los indígenas en casi todo el país. El error consiste en que hombres de supuesta ciencia y publicaciones prestigiosas han venido propagando el concepto de que el indígena mexicano está mal nutrido (desnutrido, dicen erróneamente); que no tiene a mano elementos suficientes y de allí su apatía, su inefectividad, su debilidad, su improductividad.

Pero el suelo mexicano es asombrosamente variado en su producción. Ha dado alimentos a Europa que a ésta le eran desconocidos y muchos de ellos ricos, que se emplearon al principio como *friandises:* el chocolate, o como alimento básico: la patata, o condimento riquísimo: el jitomate. Y hay además, vegetales que la gente presuntuosa mira con desdén; pero cuya riqueza en proteínas, sales y vitaminas han demostrado estudios posteriores. Los conquistadores y sus descendientes introdujeron nociones supersticiosas que hicieron dividir, sin razón científica ninguna, los alimentos en cuatro clases: fríos, calientes, pesados y ligeros. Hoy sabemos que nuestra flora da elementos para suplir las deficiencias alimenticias que los alimentos básicos pueden ofrecer.

La indumentaria es otro de los capítulos ampliamente discutidos y en este punto el autor encuentra deficiencias fáciles de combatir y aun suprimir.

No pocos defectos encuentra el autor, como es patente, en la habitación del indígena mexicano, aun cuando en los climas cálidos ha encontrado técnicas capaces de aminorar los inconvenientes originales.

Cada región adopta sus tipos de habitación, aunque casi todos ellos pecan contra la aeración, la calefacción y la iluminación.

Donde sí encuentra muchas fallas es en los cuidados prenatales de la mujer, los de la parturienta y los del recién nacido. En general, los de la infancia necesitan modificarse.

La modificación de todas estas lacras no puede ser brusca. Se trata de una capa de la población que se ha visto postergada, abandonada cuando no hostilizada. Hay que proceder, dice el autor, lenta, pacientemente y con mucha habilidad.

Y menciona el empleo de los Promotores de Salud, de sumaria preparación, muy cercanos a los pobladores indígenas, y que van introduciendo nociones modernas respecto a cuestiones de la vida diaria. Preconiza asimismo la mejor distribución de médicos, enfermeras y dentistas entre la población indígena.

Se trata por tanto, de un trabajo muy completo, que debería propagarse, difundirse y hacerse lo más accesible que se pudiera. Tan sólo sería de desearse que el autor hubiera también considerado con algún mayor detalle el importante problema que entrañan las enfermedades venéreo-sifilíticas, que si bien son menos frecuentes entre los indígenas, no dejan de aparecer algunas veces.

Luis Lara Pardo

YEARBOOK OF ANTHROPOLOGY-1955, Volume One of a Series, edited by *William L. Thomas, Jr.* Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research. New York, 1955, XV, 836 págs.

Damos la más cordial bienvenida a este primer *Yearbook of Anthropology* publicado por la Fundación Wenner-Gren, que viene a llenar un vacío en el ya numeroso conjunto de *yearbooks* de las varias ramas del saber humano: educación, medicina, filosofía, psicología, etc.

Gracias a esta valiosa obra, que como lo anuncia su editor, William L. Thomas, Jr., habrá de aparecer periódicamente, quienes nos interesamos por la teoría y la práctica de las ciencias antropológicas podremos contar con otra importante obra científica de consulta, en la que irán conservándose las más recientes aportaciones y descubrimientos en el campo de la antropología.

Tomando en cuenta la idea de integración que debe ser peculiar a toda investigación y estudio de tipo social, se señala en el Prefacio la necesidad de borrar de una vez por todas el viejo concepto estereotipado de que el antropólogo es un hombre que se ocupa solamente de

"cráneos, costumbres raras y tiestos de arcilla", para sustituirlo por la genuina idea del antropólogo cuya profesión debe ser estudiar integralmente al hombre en su medio social, a través de sus manifestaciones culturales de índole material o abstracta.

Siguiendo esta corriente de pensamiento, se distribuye el contenido del *Yearbook* en seis partes, que brevemente vamos a describir.

En la primera, que es un editorial por la brillante pluma de Julián S. Huxley, se hace un interesante estudio sobre los problemas culturales de la antropología *sub specie evolutionis,* desde el punto de vista de la evolución biológica.

La segunda parte se dedica al *pasado del hombre.* En ella, un grupo de especialistas entre los que mencionamos a Sears, Ward, Ekholm y Griffin, hacen una interesante recopilación de las últimas teorías y hallazgos en los varios campos de la antropología que cada vez logra mayor precisión y especialización, gracias a nuevas técnicas. Mencionamos aquí expresamente el trabajo de James B. Griffin en el que se estudia al carbón radioactivo como indicador de la edad de fósiles y utensilios prehistóricos, dentro de esa nueva rama de la ciencia, que usando un neologismo, podríamos llamar *Cronoprehistoria.*

La tercera parte se destina a presentar diversas consideraciones de teoría antropológica, en las que se destaca, una vez más, la tendencia integradora de la moderna antropología. Mencionamos en este sentido, las interesantes colaboraciones de Oscar Lewis, Sol Tax, J. W. Bennett y Kurt H. Wolff.

Consiste la cuarta parte en una serie de ensayos que reflejan la aplicación práctica de los métodos y puntos de vista de la antropología, especialmente al entrar en relación con la conciencia social, el arte primitivo, la educación, las relaciones humanas, el Gobierno y las asociaciones profesionales.

En la quinta parte, con un amplio criterio, se ofrece una especie de Sumario de las actividades antropológicas en Europa y Asia Sudoccidental, con la promesa de continuar estos sumarios en las siguientes ediciones del *Yearbook.* Los varios trabajos publicados en esta sección, son obra de especialistas en sus respectivos países.

Finalmente, la sexta y última parte del libro presenta algo que juzgamos de inmediata utilidad: la lista bibliográfica de las tesis presentadas en las varias facultades de antropología de las distintas universidades del mundo, para la obtención del grado de doctor. A esto se añaden, a modo de directorio, las asociaciones profesionales de antropólogos o de especial interés para éstos.

Termina el libro con un Índice onomástico y de materias tratadas.

Como puede verse por el rápido recorrido que hemos hecho, se trata de una obra de valor y utilidad positivas. Y no sólo es valioso este trabajo por llenar un vacío, sino sobre todo por llenarlo como conviene.

A modo de sugerencia, y atendiendo en esto a los deseos expresos del editor del *Yearbook*, nos permitimos señalar que aún cuando es de sumo interés dar a conocer con un mayor detalle las actividades antropológicas en determinados países, como lo hace la quinta parte de este libro, sin embargo, pensamos que al lado de esto no debería faltar en cada edición del *Yearbook*, siquiera sea una Reseña Sintética de los hallazgos, investigaciones y proyectos que se llevan a cabo en todo el mundo. De este modo, junto con un estudio más pormenorizado acerca de la antropología en algunos países, se podría tener una fuente de información más completa y universal.

En resumen, felicitamos a la Wenner-Gren Foundation, así como a William L. Thomas, Jr., por la publicación de este primer *Yearbook of Anthropology–1955*, que tenemos confianza habrá de ser el primer tomo de una colección de inestimable valor para todos los antropólogos.

Miguel León Portilla





Grupo de Indios "catío" del Chocó, Departamento de Colombia.

Foto: Cortesía de la Dra. Rosa Scolnik.

11. *Personality and Government. Findings and Recommendations of the Indian Administration Research,* by LAURA THOMPSON. Prólogo de John Collier. 1951. XVIII + 230 pp. México: $ 15.00 — Otros Países: Dls. 2.00.
12. *Legislación Indigenista de Colombia.* Introducción crítica y Recopilación de ANTONIO GARCÍA. 1952. 88 pp. México: $ 4.00 — Otros Países: Dls. 0.50.
13. *Ensayos sobre Indigenismo,* por JUAN COMAS. Prólogo de Manuel Gamio. 1953. XIV + 272 pp. México: $ 20.00 — Otros Países: Dls. 2.50.
14. *Índice del ramo de Indios del Archivo General de la Nación (México). De 1590 a 1597.* Tomo II. Recopilado por L. CHÁVEZ OROZCO. 412 pp. 1953. México: $ 15.00 — Otros Países: Dls. 2.00.
15. *El embarazo, el parto y el recién nacido. Manual para parteras rurales,* por LEO ELOESSER, EDITH GALT e ISABEL HEMINGWAY. 1954. 148 pp. México: $ 4.40 — Otros Países: Dls. 0.35.
16. *Guía de enseñanza para el libro "El embarazo, el parto y el recién nacido. Manual para parteras rurales",* por LEO ELOESSER. 1954. 48 pp. México: $ 1.90 — Otros Países: Dls. 0.15.
17. *Legislación Indigenista del Ecuador.* Recopilación de ALFREDO RUBIO ORBE. Prólogo de Gonzalo Rubio Orbe. 1954. 115 pp. México: $ 5.00 — Otros Países: Dls. 0.50.
18. *Legislación Indigenista de Guatemala.* Recopilación de JORGE SKINNER-KLÉE. México, 1954. 135 pp. México: $ 6.00 — Otros Países: Dls. 0.75.
19. *Los Congresos Internacionales de Americanistas. Síntesis histórica e Índice Bibliográfico General (1875-1952),* por JUAN COMAS. México: 1954. LXXXIV + 224 pp. y 16 láminas. México: $ 15.00. — Otros Países: Dls. 2.00.
20. *Índices Analíticos de Materias y Onomástico de "América Indígena" y "Boletín Indigenista" (1941-1953),* preparados por MIGUEL LEÓN PORTILLA. 1954. 196 pp. México: $ 6.00 — Otros Países: Dls. 0.75.
21. *Pregnancy, Childbirth and the Newborn. A Manual for Rural Midwives,* by LEO ELOESSER, EDITH GALT and ISABEL HEMINGWAY. 1955. 151 pp. México: $ 5.00 — Otros Países: Dls. 0.40.
22. *Teachers' Guide for Pregnancy, Childbirth and the Newborn. A Manual for Rural Midwives,* by LEO ELOESSER. 1955. 48 pp. México: $ 3.00 — Otros Países: Dls. 0.25.
23. *Programas de Salud en la Situación intercultural,* por GONZALO AGUIRRE BELTRÁN, 1955. 191 pp. México: $ 6.00 — Otros Países: Dls. 0.75.
24. *Seminario sobre Problemas Indígenas de Centroamérica, celebrado en San Salvador* (27 de junio a 2 de julio de 1955). 1955. 18 pp. México: $ 1.00 — Otros Países: Dls. 0.10.

EDICIONES ESPECIALES
DEL
INSTITUTO INDIGENISTA INTERAMERICANO

NIÑOS HÉROES, 139
MÉXICO 7, D. F.

1. *Las instituciones democráticas de los indígenas mexicanos en la época colonial,* por LUIS CHÁVEZ OROZCO. 1943. 61 pp. México: $ 2.00 — Otros Países: Dls. 0.25.

2. *Exploración económico cultural en la región oncocercosa de Chiapas, México,* por MANUEL GAMIO. 1946. 46 pp y 3 Mapas. México: $ 2.00 — Otros Países: Dls. 0.25.

3. *The Health and Customs of the Miskito Indians of Northern Nicaragua: Interrelationships in a Medical Program,* por MICHEL PIJOAN. 1946. 54 pp. (Agotado).

4. *Índios do Brasil,* por AMÍLCAR BOTELHO DE MAGALHÃES. 1947. 96 pp. México: $ 4.00 — Otros Países: Dls. 0.50.

5. *Consideraciones sobre el problema indígena,* por MANUEL GAMIO. 1948. 138 pp. México: $ 6.00 — Otros Países: Dls. 0.75.

6. *Códice Osuna.* Edición con 158 pp. de texto inédito y 80 pp. de paleografía. Prólogo de LUIS CHÁVEZ OROZCO. 380 pp. 1947. México: $ 32.00 — Otros Países: Dls. 4.00.

7. *Bibliografía morfológica humana de América del Sur,* por JUAN COMAS. 2 Tomos: I) 2,791 referencias y tres Índices analíticos; II) Atlas con 8 mapas sobre caracteres somáticos. 230 pp. 1948. México: $ 48.00 — Otros Países: Dls. 6.00.

8. *Estudio comparado entre el derecho azteca y el derecho positivo mexicano,* por CARLOS H. ALBA. Principales disposiciones legales de los Aztecas pre-colombinos y su comparación con las leyes actuales de México. 140 pp. 1949. México: $ 8.00 — Otros Países: Dls. 1.00.

9. *Índice del ramo de Indios del Archivo General de la Nación (México). De 1534 a 1590.* Tomo I. Recopilado por L. CHÁVEZ OROZCO. 394 pp. 1951. México: $ 15.00 — Otros Países: Dls. 2.00.

10. *La Piedra Mágica. Vida y costumbres de los Indios Callahuayas de Bolivia,* por GUSTAVO ADOLFO OTERO. Interesante estudio folklórico de este grupo etnográfico del Altiplano. XX + 292 pp. y numerosas ilustraciones. 1951. México: $ 15.00 — Otros Países: Dls. 2.00.